

## AJUARES DE UNA NECRÓPOLIS TARDÍA EN EL ENTORNO DE *CARTHAGO SPARTARIA*: EL CORRALÓN (LOS BELONES, CARTAGENA)\*

JAIME VIZCAÍNO SÁNCHEZ\*\*

### Resumen

El yacimiento estudiado, El Corralón (Los Belones, Cartagena), se conoce desde hace casi medio siglo. Su historia comienza con la excavación dirigida en 1960 por P.A. San Martín Moro. En 1986, el doctor S. F. Ramallo Asensio centró su atención en la necrópolis e hizo un primer estudio. Ahora, volvemos a estudiar los ajuares, que incluyen aretes, collares, brazaletes, alfileres o una jarra cerámica, y los relacionamos con nuevos hallazgos. Sólo un 30% de los enterramientos contiene un elemento de ajuar. Esta *ratio*, que corresponde a la conocida para otros cementerios, las diferentes piezas, los tipos de tumba o los aspectos rituales nos permiten datar el cementerio entre el siglo V y la primera mitad del siglo VI d.C.

### Abstract

The site here studied, El Corralón (Los Belones, Cartagena) has been known for almost a half century. Its history began with the excavation conducted in 1960 by P.A. San Martín Moro. In 1986 Dr. S.F. Ramallo Asensio focused his attention on the necropolis and he made a first article. Now, we study the funerary offering, which includes pendants, necklaces, bracelets, pins or a ceramic jar, and we relate them with new other finds. Only about thirty percent of the burials contained an element of personal use. This *ratio*, which corresponds to that known from other cemeteries, the different pieces, the types of tomb or ritual aspects allow us to date the cemetery between the 5<sup>th</sup> and the first half 6<sup>th</sup> century.

### Palabras clave

Necrópolis, ajuares, aretes, collares, brazaletes, alfileres, jarra.

### Key words

Necropolis, funerary offerings, pendants, necklaces, bracelets, pins, jar.

\* El presente trabajo se enmarca en el proyecto de la DGICYT HAR 2008-06115, "*Carthago Nova* y su *territorium*: modelos de ocupación en el sureste de Iberia entre época tardorrepública y la Antigüedad Tardía", dirigido por el catedrático de Arqueología de la Universidad de Murcia, S. F. Ramallo Asensio.

\*\* Becario posdoctoral de la Fundación Cajamurcia adscrito al Área de Arqueología de la Universidad de Murcia.

INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

Desde su excavación en 1960, la necrópolis de El Corralón ha sido objeto de diversas noticias y estudios, donde se han analizado desde las características del yacimiento y su entorno, a la tipología de los enterramientos y sus ajuares. Respecto a estos últimos, sólo el trabajo del profesor S. F. Ramallo Asensio, catedrático de Arqueología de la Universidad de Murcia, se detuvo especialmente en ellos, de tal forma que, junto al estudio que él mismo acometió de la necrópolis mazarronera de La Mezquita, o de los exiguos restos del Cerro de La Almagra, en Mula, unidos a otras piezas depositadas en distintas colecciones y museos, consiguió realizar una primera sistematización de los elementos de indumentaria y adorno personal de época tardía en el sureste, de cuyo éxito da muestra su utilización desde finales de la década de los ochenta hasta hoy día<sup>2</sup>. En este sentido, en el curso de los últimos veinte años, nuevos yacimientos han proporcionado materiales para esta etapa. Entre ellos, cabe citar el teatro romano de Cartagena, cuyas fases tardías han provisto de ingente documentación con la que reexaminar estos siglos<sup>3</sup>, o, igualmente, toda otra serie de necrópolis, entre las que, por la secuencia dada y por la cantidad y calidad de sus materiales, hay que destacar la hallada en el barrio Universitario de Cartagena<sup>4</sup>. Todos estos últimos yacimientos han hecho del sureste hispano una zona privilegiada para el estudio de los elementos ligados a la indumentaria y al adorno personal, proporcionando nuevos datos con los que, además, es posible valorar nuevamente los recuperados en intervenciones antiguas. Precisamente, es en el marco de esta tarea, que en la actualidad es objeto de un proyecto bajo la dirección del mismo profesor Ramallo Asensio<sup>5</sup>, en el que hemos creído oportuno ocuparnos nuevamente de los ajuares recuperados en la necrópolis de El Corralón.

Ésta surge en el entorno del núcleo de población de Los Belones (Cartagena), en una zona que ha proporcionado algunos hallazgos para época tardía. Así, en el mismo yacimiento ha sido posible documentar desde una jarra de cerámica común de tradición bajoimperial, a un fragmento de un ánfora africana, probable Key LXII<sup>6</sup>. Las inmediaciones de la necrópolis aportan un horizonte cronológico más definido, de tal forma que, hacia el norte, se dan algunos de los tipos más tardíos de T. S. africana D, como las formas Hayes 99, 104, 101 ó 109, acompañadas de cerámicas de cocina de producción local<sup>7</sup>. El yacimiento asociado de El Montillo depara igualmente un contexto dominado por las formas cerámicas de los siglos V y VI, tanto vajilla fina norteafricana como los tipos Hayes 87, 88, 91 C, 94, 97, 99 variante B ó C (520-580) y 104 A y C; como ánforas norteafricanas Key LVII B y Key LXII<sup>8</sup>. Incluso en el entorno, en el Cabezo Rajao de La Unión, fue hallado en 1887 un interesante broche de cinturón de placa rígida calada, datado en la segunda mitad del siglo VI d.C.<sup>9</sup>

<sup>1</sup> Queremos agradecer al equipo técnico del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena las facilidades dadas para el estudio de estas piezas. En especial, volvemos a estar en deuda con doña Soledad Pérez-Cuadrado por el dibujo de todas ellas. Igualmente, nuestra gratitud al profesor Ramallo Asensio por sus valiosos comentarios y su aportación de material gráfico.

<sup>2</sup> Ramallo Asensio, 1986: 141-153.

<sup>3</sup> Su excavación y estudio científico, dirigido por los profesores S. F. Ramallo Asensio y E. Ruiz Valderas, ha sido la base de un gran número de publicaciones. Por cuanto aquí nos interesa, con el apoyo de ambos profesores, también los aspectos ligados a la indumentaria y ornato personal en época tardía han sido objeto de análisis, del que en la actualidad seguimos ocupándonos.

<sup>4</sup> Bajo la dirección de la arqueóloga doña M.ª José Madrid Balanza, ha sido otro de los yacimientos fundamentales para el conocimiento de la Cartagena tardoantigua. Acerca del mismo, *vid.* Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2006a.

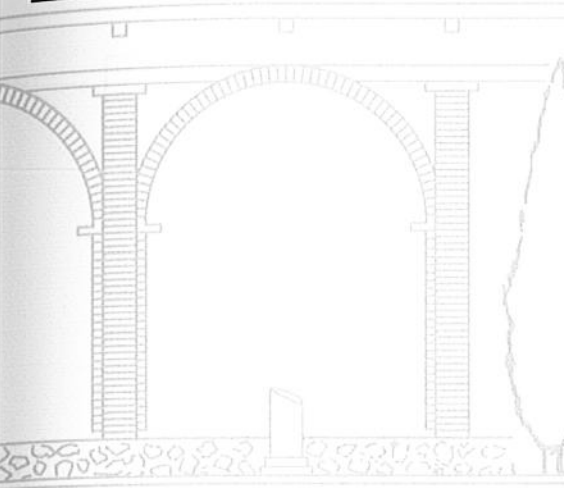
<sup>5</sup> *Indumentaria y adorno personal en el Mediodía hispano durante los siglos V-VII d.C. Documentación arqueológica y textual*, financiado como beca posdoctoral A1 por la Fundación Cajamurcia.

<sup>6</sup> Antolíns Marín y Vicente Sánchez, 2000: fig. 10.5.

<sup>7</sup> Se trata de materiales recogidos en prospecciones, como señala Ruiz Valderas, 1995: 181.

<sup>8</sup> Murcia Muñoz, 2000: 376.

<sup>9</sup> Zeiss, 1934: lám. 14, nº 4; Ramallo Asensio, 1986: 149-150 y Vizcaíno Sánchez, c. p.

LA NECRÓPOLIS<sup>10</sup>

El conjunto cementerial consta de 28 sepulturas, en su mayoría orientadas, si bien con alguna desviación, al Este, como es propio de los enterramientos cristianos (fig. 1). Lamentablemente, su excavación antigua ha impedido conocer con precisión todas las particularidades tipológicas de las mismas. Al menos, sí pueden individualizarse una serie de tipos generales. Así, por cuanto se refiere a la estructura, se dan desde las simples fosas excavadas en el terreno, a aquellas otras delimitadas por encachados o lajas, cuando no soluciones mixtas, como la de la sepultura 1, donde un lateral recurre a las losas, mas, el otro, no cuenta con cierre. Tampoco se advierte gran diversidad en las cubiertas, para las que, si bien en algún caso se emplean lajas, como ocurre con la sepultura 7 o la 9, la mayoría presenta un simple encachado. No obstante, hay que destacar dos casos singulares, los de las tumbas nº 4 y 28, con un uso simultáneo de encachado y cierre de *tegulae*, en el primer caso, o losas dispuestas formando un tejadillo a doble vertiente, en el segundo. Dentro de estas particularidades estructurales, también debe citarse la sepultura 25, que cuenta con superficie de deposición del cadáver conformada mediante suelo de losas.

En el caso de los materiales empleados, junto a lajas y piedras, cabe advertir la presencia de material reutilizado, ya fragmentos cerámicos y de signino, como ocurre en las sepulturas 6 y 24, ya de algún otro tipo, como molinos o ladrillos, en el caso de las sepulturas 13 y 28 respectivamente. Dadas las pautas propias del período, el escaso recurso a este tipo de materiales parece implicar una pareja disponibilidad escasa de ellos en el entorno. Su carácter, además, lleva a pensar que el contexto de procedencia pudo ser algún establecimiento rural de los alrededores, del que también daría fe la dispersión de restos cerámicos y alguno constructivo, comprobada en una prospección reciente<sup>11</sup>.

Por otro lado, en al menos dos enterramientos (tumbas nº 22, 24), la documentación de clavos y restos de madera de cierta envergadura prueban el empleo de ataúdes (lám. 1). Éstos prácticamente están ausentes en la necrópolis urbana de *Carthago Spartaria*, donde sólo se puede señalar algún caso aislado en el sector occidental, datado grosso modo en el siglo V d.C. y primera mitad del siglo VI d.C., y, además, no despejando la incógnita de si trata de éstos o simples parihuelas<sup>12</sup>.

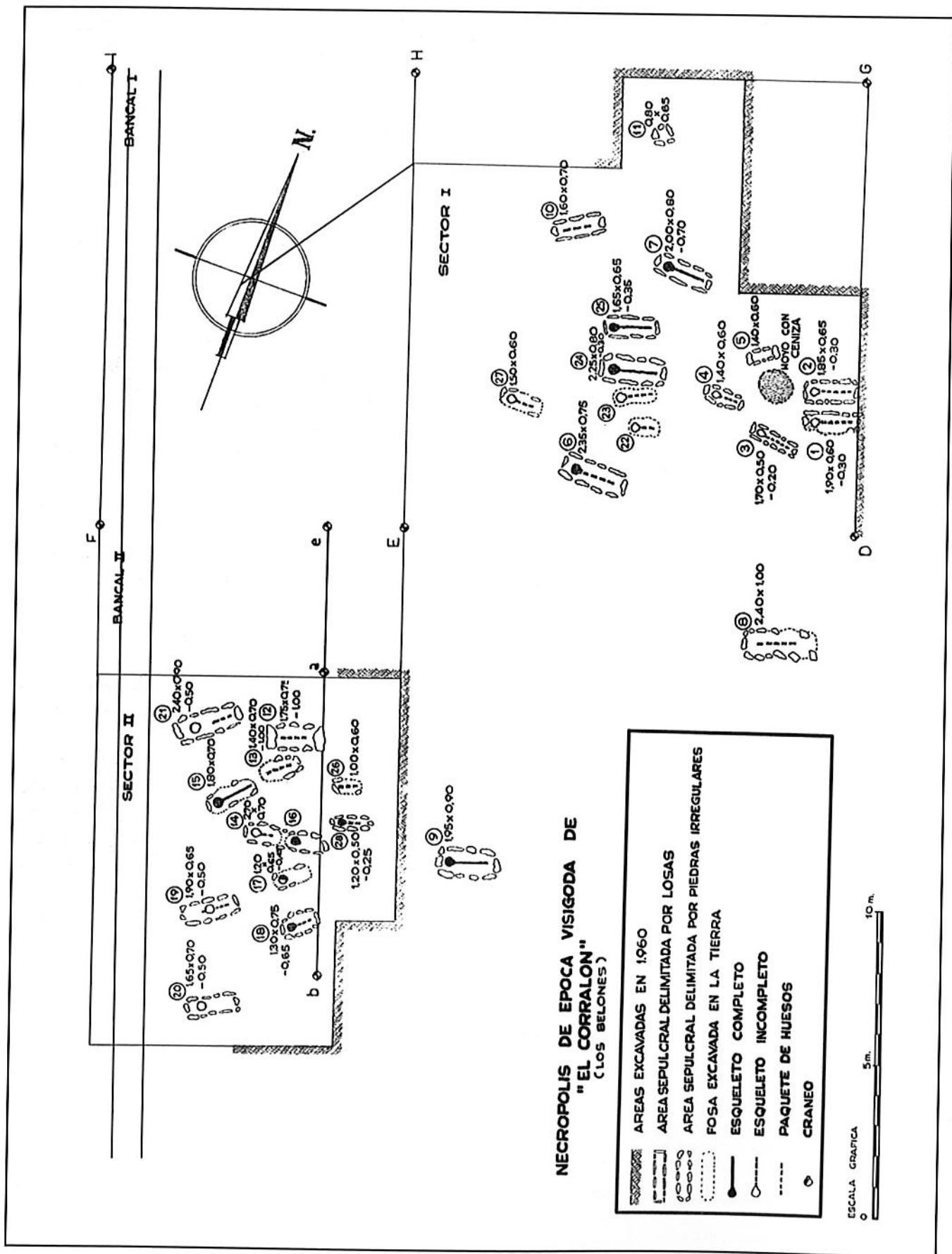
La existencia de un hoyo con cenizas abre la posibilidad de que, a semejanza de otras necrópolis, como la eldense de Camino de El Monastil y quizá también la del barrio Universitario de Cartagena, en su sector occidental, el cementerio contara con una zona para la combustión de las ofrendas alimenticias, en relación con el rito de banquete funerario<sup>13</sup>. No obstante, lo cierto es que en ninguna de las sepulturas excavadas se reseña la aparición de restos animales que permitan sostener la propuesta. A este respecto, sólo para la sepultura 23 se consigna la aparición de caracoles junto a los huesos, mas, no obstante, quizás estos sólo formen parte de la fauna necrófaga.

<sup>10</sup> Junto al trabajo del profesor Ramallo Asensio (1986), realizamos una síntesis de los variados aspectos del conjunto a partir de los datos transmitidos por el responsable de la intervención, P. A. San Martín, recogidos por Antolinos y Vicente, 2000.

<sup>11</sup> Antolinos y Vicente, 2000: 332.

<sup>12</sup> Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2006a: 205.

<sup>13</sup> Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2006a: 215-216.





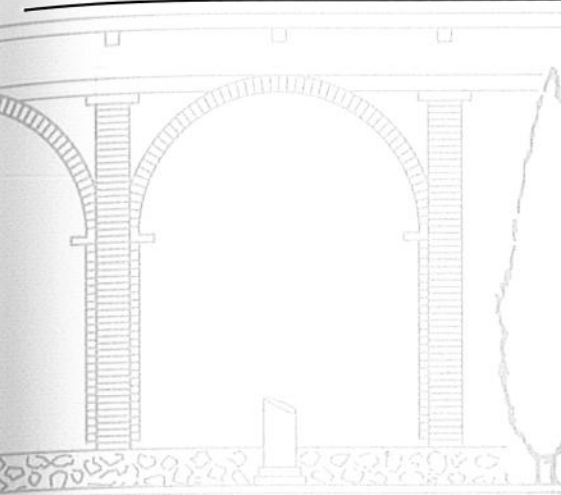


Lámina 1. Fragmentos de madera y clavos pertenecientes a ataúdes de la necrópolis de El Corralón.

El estado precario en el que se encontraban la mayoría de los restos óseos, el hecho de que no se realizara estudio antropológico alguno y lo escueto de las referencias transmitidas, nos privan de datos con los que realizar cualquier comentario relativo a los inhumados y su relación con los tipos de enterramiento o la deposición de ajuar. En cualquier caso, sí parece claro que se trata de inhumaciones depositadas en decúbito supino, que alternan la posición de sus manos, ya extendidas junto a las piernas (tumbas nº 9, 15, 24), ya recogidas sobre el vientre (tumbas nº 7, 25).

Parece intuirse que la reutilización de enterramientos fue escasa, mas, en algún caso, existen indicios para pensar que al darse pudo ser múltiple, como ocurre en la sepultura 9. Desgraciadamente, dado que no disponemos de más detalles, desconocemos si tal reutilización tuvo objeto bajo la modalidad de superposición o amontonamiento y formación de paquete óseo en uno de los extremos de la tumba.

Si tomamos las dimensiones de las fosas como criterio para diferenciar entre inhumaciones adultas e infantiles, numéricamente bastante similares, la edad no parece implicar la elección de un tipo concreto de estructura o cubierta, ni tampoco la presencia de ajuar.

Respecto a este último, verdadero objeto de este trabajo, sólo ocho enterramientos (nº 1, 12, 13, 16, 20, 25, 26, 28) cuentan con él, lo que supone casi el 30% del total, cómputo que, como luego comentaremos, se presta, al igual que la tipología de las estructuras o el mismo análisis de las piezas, a estimaciones cronológicas. En nuestro caso, dada la remoción de algunas de las sepulturas y la comprobación de que originariamente habrían de contener algún elemento más de ajuar, como vemos en el caso de la tumba nº 26, dicho porcentaje parece intuirse algo superior.

En cualquier caso, entre dichas sepulturas con ajuar, cuatro parecen corresponder a infantes (nº 13, 20, 26, 28), y otras tantas a adultos (nº 1, 12, 16, 25). No obstante, dado que entre estas últimas tan sólo en dos casos (nº 16, 25) hay constancia exacta de que la tumba cobije a un sólo inhumado adulto, ante la duda de si en las otras dos restantes el ajuar, como de hecho es tan usual, pueda pertenecer a alguna inhumación infantil que acompañara a la adulta, las cifras han de acogerse con cautela.

### LOS AJUARES

Los elementos hallados en El Corralón pertenecen en su mayoría al denominado ajuar personal y, tan sólo en un caso, al conocido como ajuar simbólico.

Respecto al primero, se integra únicamente por elementos de adorno personal, estando ausentes aquellos otros pertenecientes a la indumentaria, circunstancia que, como también veremos, es relevante desde el punto de vista cronológico. En cuanto al repertorio de piezas que integra esta categoría, las más representadas son aretes (8) y collares (7), seguidas por las agujas, con cinco ejemplares que se concentraban en una sola tumba, así como pulseras/brazaletes (2). Faltan, en cambio, elementos tan característicos de estos depósitos como son los anillos.

De las siete tumbas que cuentan con este tipo de ajuar, son mayoría aquellas que sólo disponen de uno de sus elementos (tumbas nº 12, 16, 26, 28), siendo escasas las asociaciones de más de una pieza, sólo dadas en tres ocasiones (tumbas nº 20, 13, 1), con dos, tres y cuatro ejemplares, respectivamente. Se puede observar que los elementos básicos, aquellos más recurrentes para disponer como ajuar, son aretes y collares, pues, éstos, aparecen tanto cuando la tumba dispone de una sola pieza, como vemos en las nº 12 y 28, con aretes, o nº 16 y 26, con collares, como igualmente en las restantes asociaciones, tanto juntos (tumba nº 20) como acompañados de brazaletes (tumba nº 13), o de todos ellos y también agujas (tumba nº 1).

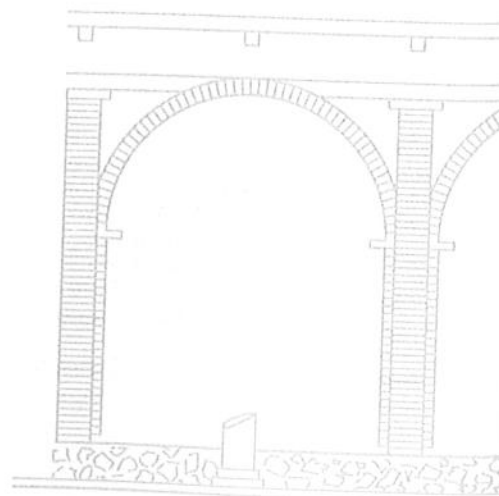
Dada la escasez de asociaciones, y la gran homogeneidad de los elementos, creemos oportuno presentar estos agrupados por su tipología y no por la sepultura en la que aparecieron.

### EL AJUAR PERSONAL

#### Aretes

Como dijimos, se trata del elemento de ajuar más representado, con un total de ocho ejemplares, sobre todo registrados con un par, como ocurre en las tumbas nº 1, 12 ó 20, si bien igualmente con una sola pieza, como vemos en las sepulturas nº 13 y nº 28.

Los aretes hallados en El Corralón se encuentran manufacturados de modo preferente en plata, con seis ejemplares, pero también en bronce, con sólo dos. Tipológicamente la diversidad es mínima, en tanto





todos, que cuentan con aro de sección circular, se adscriben al célebre tipo de remate en forma de cilindro moldurado, diferenciado por el volumen conferido al cuerpo, el número de molduras o su decoración.

Éste es uno de los tipos de tradición romana de mayor éxito, alternando con aquellos que toman como remache otra forma geométrica, ya un poliedro, un cuadrado, un rombo o un cubo<sup>14</sup>. No obstante, mientras que estos últimos se pueden rastrear por todo el Mediterráneo, nuestro tipo, si bien tampoco ausente en otros contextos, donde se puede registrar con la misma configuración o simplemente bajo la modalidad de cierre moldurado adicional a otro aderezo y no como solución ornamental exclusiva, sólo logra especial fortuna en territorio hispano, donde lo encontramos desde la zona pirenaica, a la meseta y el mediodía peninsular<sup>15</sup>.

Dentro del tipo, en cualquier caso, hay que diferenciar dos subtipos principales, uno primero en donde encontramos grueso cilindro, marcado por diferente número de molduras; y otro segundo, donde tan sólo estas últimas, en número y tamaño diverso, evocan la presencia de aquel.

En el caso de El Corralón, el primer subtipo, el de cilindro neto con molduras marcadas, es el que cuenta con mayor representación, apareciendo en las sepulturas nº 13, 20, y 28.

Dentro de él, la solución más extendida parece ser la triple moldura, enmarcando los extremos y la mitad del cilindro, y dando pie a otras modalidades que, o bien presentan aquellas lisas, como vemos en el ejemplar de la sepultura 13 (fig. 2.2.), o bien, rizadas, con incisiones

<sup>14</sup> Ripoll, 1985: 33-34.

<sup>15</sup> En el caso del tipo de remate geométrico, ha sido incluido en el tipo 3 de la sistematización realizada por Baldini (1999: 71 y 89-90). En cuanto al tipo de cilindro moldurado, Ripoll (1985: 33-34), además de su difusión hispana, recoge su presencia en yacimientos extrapeninsulares diversos como los de Sorna Porec, Hochfelden o Saint Denis. Más común parece ser su simple uso como remache complementario a tipos caracterizados por otro recurso ornamental, como los tipos 4c, 5c, 6a u 8 de Baldini (1999: 71-111).

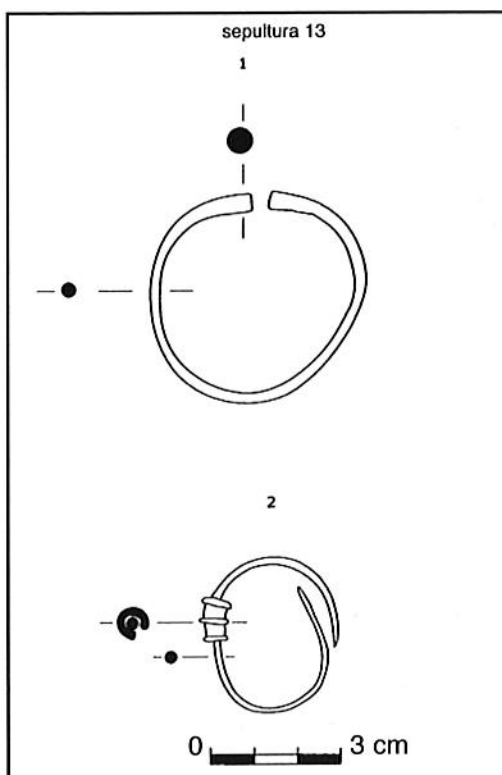


Figura 2. Ajuar de la sepultura nº 13 (dibujo: Soledad Pérez-Cuadrado).

marcando su contorno, como es el caso de las piezas de las tumbas 20 (fig. 3; lám. 2) y 28. En este sentido, si bien esta última modalidad se puede achacar al mismo proceso técnico, también parece ser un recurso ornamental complementario, como muestra el hecho de que en algún caso se lleve hasta sus extremos, confiriéndole mayor volumen, para evocar rosetas<sup>16</sup>.

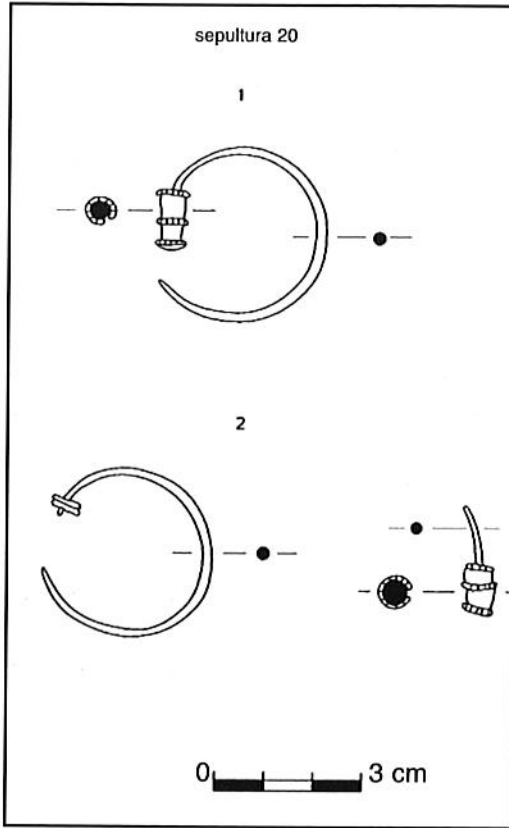
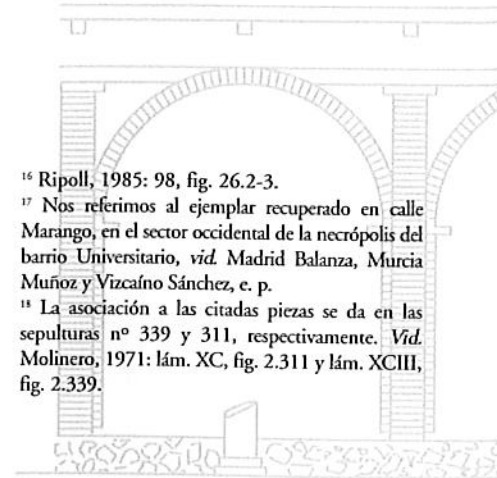


Figura 3. Ajuar de la sepultura nº 20 (dibujo: Soledad Pérez-Cuadrado).

Aun a pesar de no registrarse en nuestra necrópolis, mas sí en el área de *Carthago Spartaria*, habría que hablar de otra variante cuya moldura intermedia en este caso adquiere la forma de nudo<sup>17</sup>.

De un modo u otro, lo cierto es que la variante de triple moldura clásica, que en El Corralón tiene una longitud de 1,5 cm, se encuentra bien difundida en toda una serie de conjuntos funerarios, muy especialmente en el de Madrona, en donde la hallamos en al menos seis sepulturas, hasta el punto de constituir la mejor representada para este tipo. Su aparición en este cementerio segoviano, junto a otras piezas de ajuar mejor acotadas cronológicamente, deja ver su período de uso. Así, el hecho de que la encontremos asociada tanto a fíbulas de arco y placas de técnica trilaminar, dadas especialmente durante la segunda mitad del siglo V d.C., como a las fíbulas de arco de tipo II, utilizadas a lo largo de toda la siguiente centuria, muestra su dilatada vigencia<sup>18</sup>. A la misma dirección apuntan también otros yacimientos como la necrópo-



<sup>16</sup> Ripoll, 1985: 98, fig. 26.2-3.

<sup>17</sup> Nos referimos al ejemplar recuperado en calle Marango, en el sector occidental de la necrópolis del barrio Universitario, vid. Madrid Balanza, Murcia Muñoz y Vizcaíno Sánchez, e. p.

<sup>18</sup> La asociación a las citadas piezas se da en las sepulturas nº 339 y 311, respectivamente. Vid. Molinero, 1971: lám. XC, fig. 2.311 y lám. XCIII, fig. 2.339.

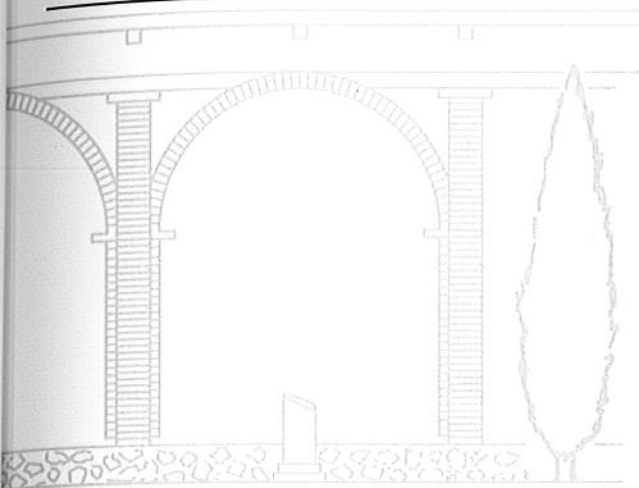


Lámina 2. Arete de remate cilíndrico con triple moldura dentada hallado en la sepultura nº 20.

lis de Cacera de las Ranas, donde se asocia a broches de cinturón de placa rígida<sup>19</sup>, o la necrópolis del barrio Universitario, donde la variante aparece en el sector oriental coincidente con el período de ocupación bizantina de la ciudad<sup>20</sup>.

En El Corralón, la pieza de la sepultura 28 (fig. 4; lám. 3) expresa claramente las potencialidades ornamentales del tipo. Elaborada en plata, las dos partes del cilindro delimitadas por la moldura central se decoran con sendos frisos continuos de tres ovas, realizadas mediante granulado. Esta última técnica parece ser la imitación en plata de los objetos de adorno en oro decorados mediante filigrana. De hecho, para el motivo de El Corralón parece advertirse cierta familiaridad respecto

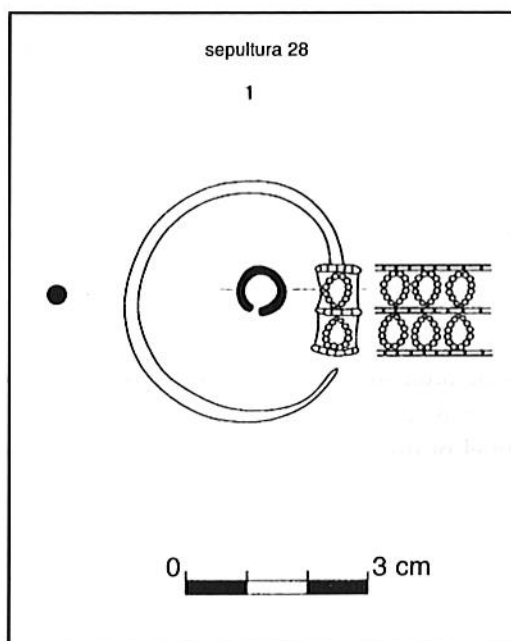


Figura 4. Ajuar de la sepultura nº 28 (dibujo: Soledad Pérez-Cuadrado).

<sup>19</sup> Ardanaz Arranz, 2000: 59-60.

<sup>20</sup> En concreto, junto a un collar, cuya composición, prácticamente monopolizada por las cuentas de ámbar y otras resinas, insiste en su cronología avanzada. Vid. Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2008: 182-187, lám. 2.



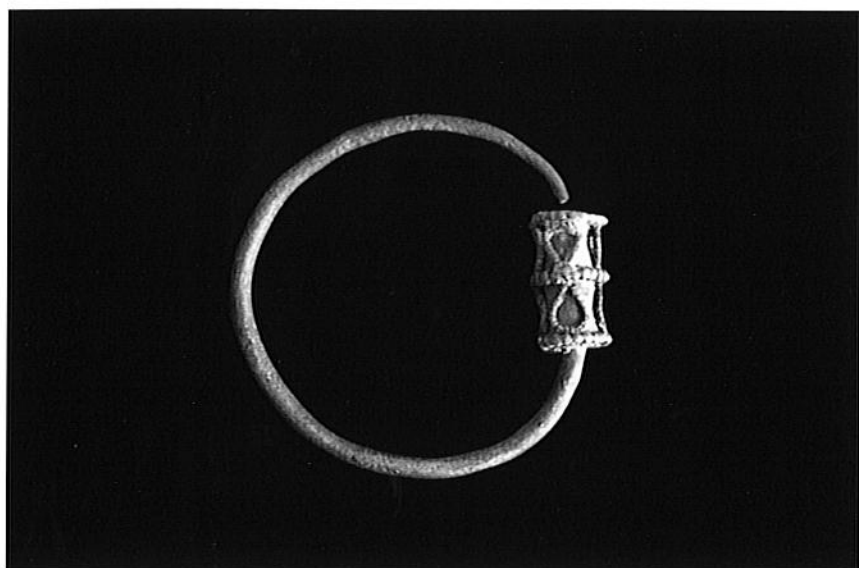


Lámina 3. Arete de remate cilíndrico de triple moldura con decoración, hallado en la sepultura nº 28.

a los empleados en las fíbulas de disco con decoración de filigrana, tipo de tradición mediterránea que, presente en la Italia longobarda y territorios transalpinos, es alimentado en parte por centros de producción bizantinos en el Adriático<sup>21</sup>.

En cualquier caso, los mejores paralelos para nuestro tipo se encuentran en la necrópolis segoviana de Castiltierra<sup>22</sup> o Duratón, en cuya sepultura nº 434 se halló un ejemplar que para cada uno de los frentes duplica el motivo de las ovas<sup>23</sup>. Dado que en este último caso la pieza se documentó junto a otras de cronología amplia, para acotar el período de circulación del tipo conviene acudir a otro arete similar, procedente de la misma necrópolis, cuyo registro junto a un broche de cinturón de placa rígida calada<sup>24</sup>, de forma coherente a cuanto indican los ejemplares no decorados, permite asegurar la vigencia de nuestro tipo de pendiente hasta al menos la segunda mitad del siglo VI d.C.

Respecto al otro subtipo de los aretes que nos ocupan, el de molduras superpuestas, en el caso de El Corralón aparece con las variantes de doble y triple moldura, si bien existen casos de más que, igualmente, pueden estar distanciadas, como en nuestro caso, o directamente yuxtapuestas.

La variante de doble moldura, hallada en la sepultura 12 (fig. 5; lám. 4), cuenta con éstas, al igual que ocurriría con algunos ejemplares del otro subtipo, dentadas. De hecho, es un ejemplar de este tipo, como antes mencionábamos, el que muestra que dicho dentado puede derivar hacia la imitación de pétalos<sup>25</sup>. No en vano, de las preocupaciones estéticas de las que era objeto da cuenta igualmente el hecho de que algunos ejemplares lleguen a portar también cuentas, como vemos con piezas de Marugán o Segovia<sup>26</sup>.

En el caso de Cartagena, siguiendo la amplia distribución por el territorio peninsular<sup>27</sup>, la variante cuenta con cierta difusión, y así, se registra con soluciones distintas, ya con las molduras yuxtapuestas<sup>28</sup> o, al igual que en El Corralón, algo distanciadas. Esta última modalidad se documenta en el sector occidental de la necrópolis del barrio

<sup>21</sup> Paroli, 2001: 266-267, fig. 5. Entre las más similares, podemos citar un ejemplar de Senise depositado en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles, *vid.* Peroni, 1984: fig. 112.

<sup>22</sup> Ramallo, 1986: 146.

<sup>23</sup> Molinero, 1971: lám. XXXIX; fig. 2.434.

<sup>24</sup> Molinero, 1971: lám. XXI, fig. 1.277.

<sup>25</sup> Ripoll, 1985: fig. 26.3.

<sup>26</sup> Zeiss, 1934: taf. 24.20 y 23.

<sup>27</sup> Zeiss, 1934: taf. 24.20-23; Pérez *et alii*, 1992: fig. 1.21-22.

<sup>28</sup> Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2007: fig. 5.

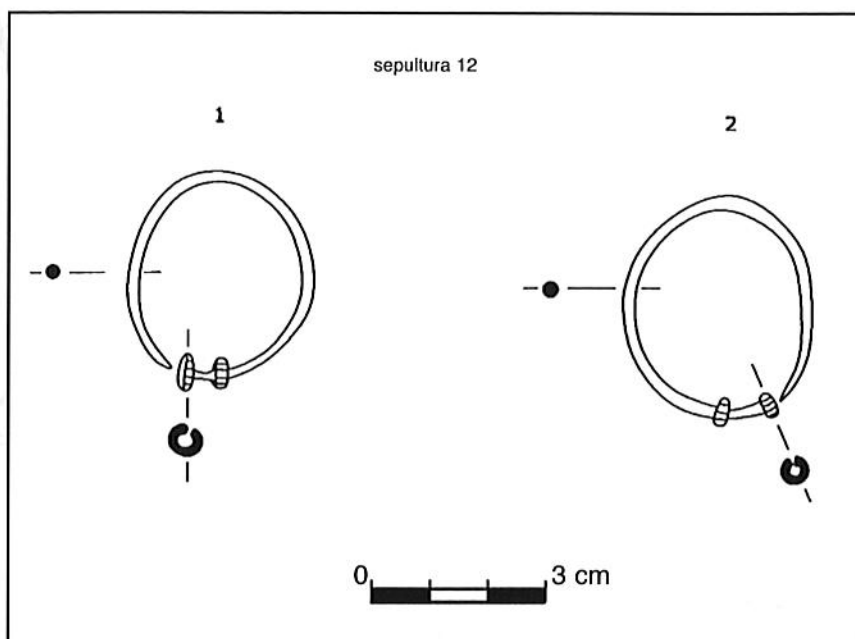
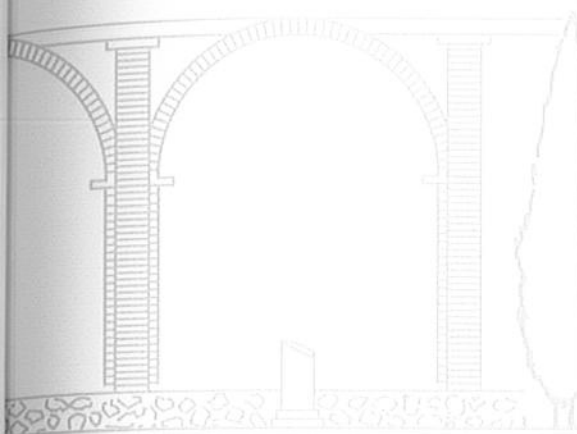


Figura 5. Ajuar de la sepultura nº 12 (dibujo: Soledad Pérez-Cuadrado).



Lámina 4. Aretes de remate de doble moldura superpuesta hallados en la sepultura nº 12.

Universitario de Cartagena, para la que diversos argumentos permiten establecer un período de uso comprendido entre el siglo V y primera mitad del siglo VI d.C.<sup>29</sup>

En El Corralón, la variante de triple moldura superpuesta netamente marcada, registrada en la sepultura nº 1, se acompaña de un pequeño arito para cada uno de los ejemplares (fig. 6.2-5; lám. 5), solución que es habitual en el tipo, como dejan ver una pieza de Marugán o ejemplares turolenses<sup>30</sup>.

Esta variante también está bastante extendida, y así la podemos encontrar entre otros muchos yacimientos<sup>31</sup>, como el de Almizaraque en el sureste<sup>32</sup>, en otros conjuntos funerarios como el de Carpio de Tajo o l'Almoína. El hecho de que en la necrópolis toledana los aretes aparezcan junto a fíbulas de arco y placas de técnica trilaminar, propias de la segunda

<sup>29</sup> Madrid Balanza y Vizcaino Sánchez, 2006b: 111-113, fig. 6.1-2.

<sup>30</sup> Zeiss, 1934: taf. 24.2-4.

<sup>31</sup> Zeiss, 1934: taf. 24.13-17.

<sup>32</sup> Siret, 1906.

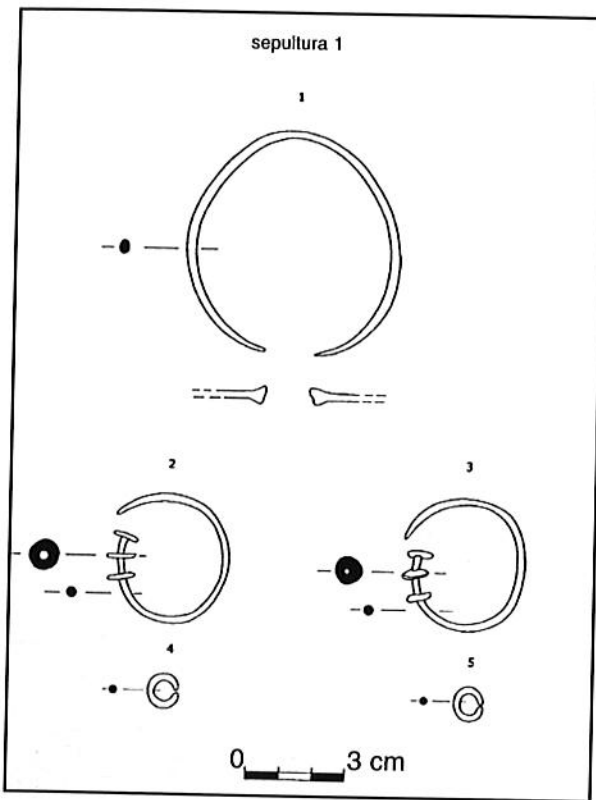


Figura 6. Ajuar de la sepultura nº 1 (dibujo: Soledad Pérez-Cuadrado).

mitad del siglo V d.C., mas también de un cinturón de placa rígida sencilla, característico de la segunda mitad del siglo VI d.C.<sup>33</sup>; e igualmente, su mismo hallazgo en el otro cementerio valenciano, donde pertenece a la fase visigoda plena del siglo VII d.C., deja patente su amplia cronología<sup>34</sup>.

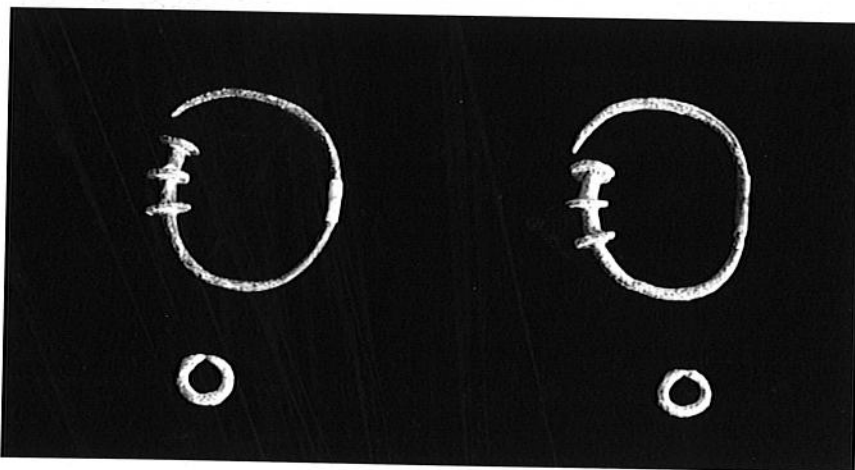
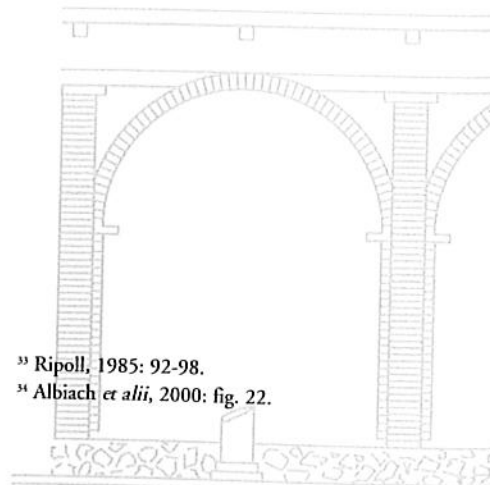


Lámina 5. Aretes de remate de triple moldura superpuesta y aro complementario, hallados en la sepultura nº 1.

### Collares

Los collares o, en su defecto, simples cuentas, fueron localizados en las sepulturas nº 1, 13, 16, 20 y 26. Parecen acompañar con un solo ejemplar al difunto, salvo en el caso de la sepultura 1 (lám. 6), donde



<sup>33</sup> Ripoll, 1985: 92-98.

<sup>34</sup> Albiach *et alii*, 2000: fig. 22.

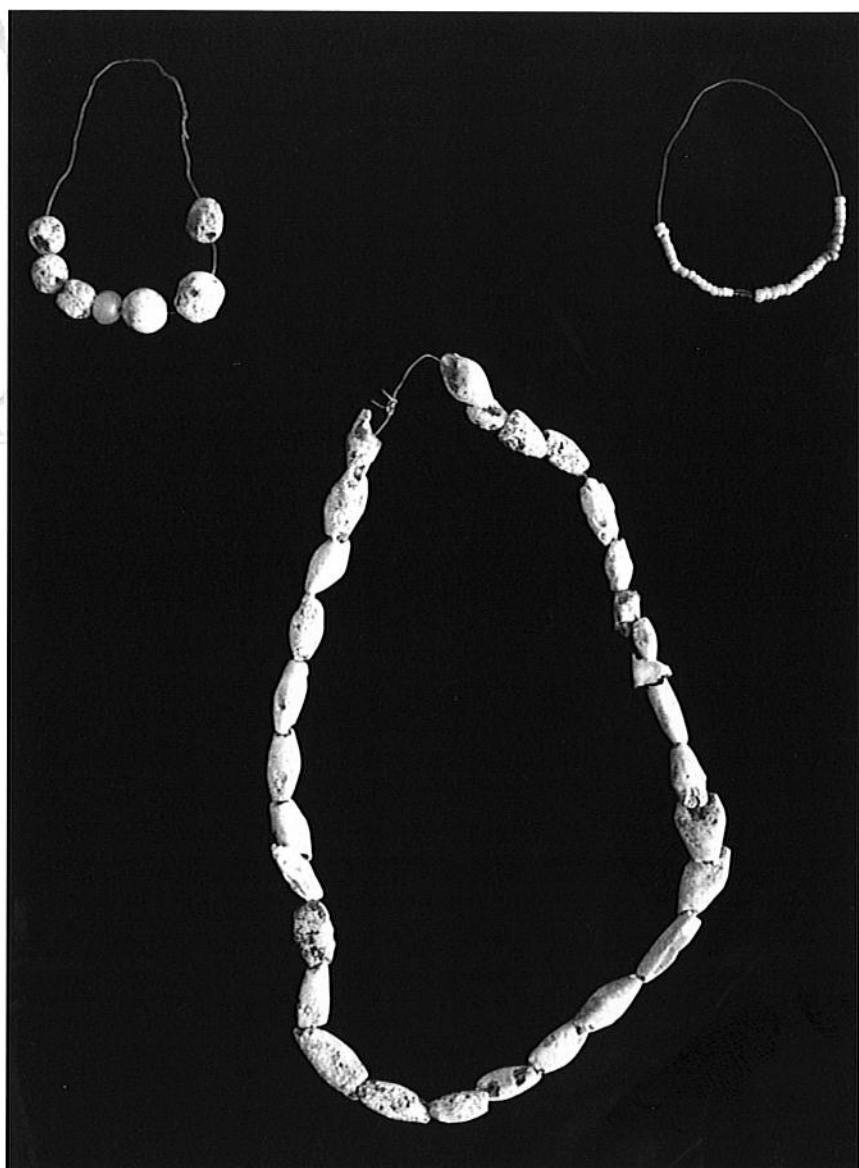
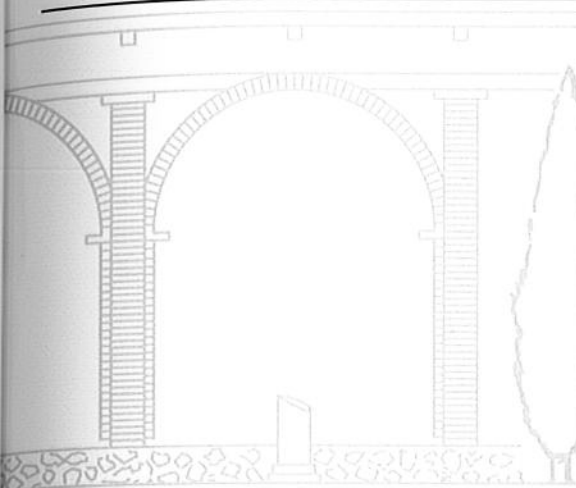


Lámina 6. Collares hallados en el interior de la sepultura nº 1.

se han individualizado tres grupos de cuentas. No obstante, si bien hemos creído pertinente mantener dicha individualización, lo cierto es que parece cuestionable, pues, sin noticias de una localización en diversas partes de la sepultura, el criterio para tal agrupación parece haber sido únicamente su morfología y el material en el que se han realizado, diferenciándose entre un grupo de cuentas de resina ahusadas, otro de cuentas globulares, y un último de pasta vítrea y módulo discoidal o cilíndrico, grupos que, si tenemos en cuenta la estética del período, bien pudieron formar parte de una única composición.

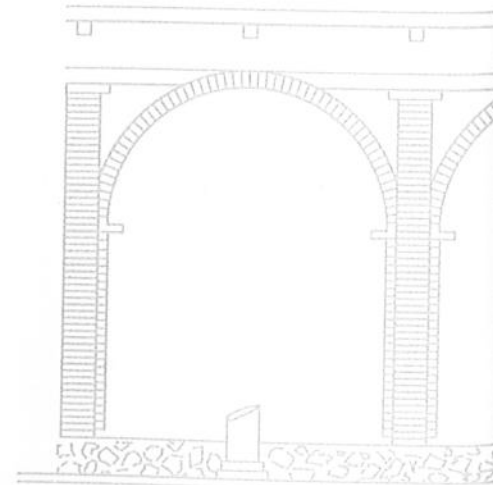
En cualquier caso, de aceptar su diferenciación clásica, el hecho de que la sepultura donde se halló, la nº 1 (fig. 6), proporcione el lote de ajuar más completo, plantearía si tal número de collares tiene su explicación únicamente en función de la posible reutilización de la sepultura, perteneciendo por tanto a sucesivos inhumados, o bien, por un supuesto carácter privilegiado, discutible dada la modestia de las

piezas, pero para el que incluso, aun dándose, no habría que descartar que alguno de estos grupos de cuentas en realidad integraran algún otro elemento de adorno como una pulsera.

A este respecto, cabe señalar que si bien en este cementerio el relativamente elevado número de cuentas muestra claramente su pertenencia a collares, en algún caso la presencia es mínima, como ocurre en la tumba nº 26, donde solamente se pudo recuperar un ejemplar de ámbar, o en la nº 16, donde fueron algunas más, tanto de ámbar como pasta vítrea (lám. 7). En este sentido, si bien en este último caso la documentación de las mismas junto a la cabeza del inhumado muestra la conveniencia de tenerlas como parte de un collar, para el otro, nada sabemos, por lo que, a pesar de poco probable, pues no parece ser el comportamiento de este área, no es descartable su pertenencia a cualquier otro tipo de adorno, como pulsera o arete.



Lámina 7. Collar hallado en la sepultura nº 16.





De un modo u otro, lo cierto es que la modestia es la pauta dominante en nuestro conjunto, en donde sólo la sepultura 13 ofrece un collar de cierta pretensión (lám. 8). Así, mientras que el resto recurre de forma exclusiva a las resinas que imitan el ámbar, y en menor medida a éste, así como a la pasta vítrea, el collar de la mencionada sepultura no sólo presenta el mayor número de cuentas de ámbar (10), y de tamaño más destacado, sino que, de la misma forma que es el único en presentar un recurso ornamental adicional —la pintura de dichas cuentas—, o también la mayor diversidad morfológica, también dispone de otras realizadas en piedras ornamentales como el cristal de roca o la cornalina. Aun así, pese al cierto exotismo que parece conllevar, máxime cuando hace uso de un material poco representado en el entorno como es la cornalina, no se aleja de la sobriedad dominante, de hecho acorde a las consideraciones propias de los contextos funerarios cristianos<sup>35</sup>.



<sup>35</sup> Giuntella, 1998: 65. Dentro del ámbito hispano, elocuente es a este respecto una de las sentencias isidorianas al tratar *De amatoribus mundi*, donde trae a colación las palabras de *Is 3*, 24: «Los que andan vestidos con precioso ornato, escuchen de qué modo el profeta aborrece los atavíos del cuerpo y qué resultados obtiene el modo de vestir afectado y elegante; esto es, en vez de perfumes, hediondez, y, en lugar de cintura, un cordel, y así lo demás» (Isid., *Sent.*, III, 59, 12; ed. de J. Campos e I. Roca, 1971: 513).


Lámina 8. Collar hallado en la sepultura nº 13.

En este sentido, en lo relativo a los materiales, dentro del repertorio limitado (resina, pasta vítrea, ámbar, cornalina, cristal de roca, material óseo) lo habitual es la amalgama, si bien con claras diferencias porcentuales, que hacen de la resina el componente principal, y de los otros, por su número reducido, los elementos de remate, articuladores del ritmo de la composición.

Desde el punto de vista tipológico (fig. 7), por cuanto se refiere al análisis de las cuentas, faltan ejemplares singulares que se presten a caracterizaciones precisas; antes bien, por el contrario, encontramos únicamente volúmenes hasta cierto punto primarios, caracterizados en lo técnico por su factura sumaria, y en lo morfológico por su marcada simplicidad, circunstancias todas que insisten en la mencionada modestia.

		1	2	3	4	5	
A	Ámbar	1	sepult. 1 (1)	sepult. 13 (15)	sepult. 13 (18)	sepult. 13 (19)	
		2	sepult. 13 (16)	sepult. 13 (17)	sepult. 13 (20)		
B	Resina calidad inferior	1	sepult. 1 (5)	sepult. 1 (6)	sepult. 1 (7)	sepult. 1 (8)	
		2	sepult. 1 (2)	sepult. 1 (3)	sepult. 1 (4)		
		3	sepult. 20 (6)	sepult. 20 (7)	sepult. 20 (8)	sepult. 20 (9)	sepult. 20 (10)
		4	sepult. 20 (11)	sepult. 20 (12)	sepult. 13 (1)	sepult. 13 (2)	sepult. 13 (3)
C	Pasta Vitrea	1	sepult. 13 (12)	sepult. 13 (4)	sepult. 13 (5)	sepult. 13 (6)	
		2	sepult. 16 (2)	sepult. 26	sepult. 20 (5)		
		3	sepult. 13 (8)	sepult. 13 (9)	sepult. 13 (10)	sepult. 13 (11)	sepult. 16 (1)
D	Roca ornamental	1	sepult. 13 (21)	sepult. 13 (13)	sepult. 13 (14)		
E	Material óseo	1	sepult. 13 (7)				

Figura 7. Tipología de las cuentas de collar empleadas en la necrópolis de El Corralón (dibujo: Soledad Pérez-Cuadrado).



Entrando en el análisis de las cuentas de ámbar, a pesar de que en El Corralón son pocos los collares que las utilizan, y con abundancia, sólo uno, el de la tumba 13, cabe destacar cierta diversidad. Así, el mismo material, si bien se presenta preferentemente en su modalidad anaranjada traslúcida, también alterna con piezas que acentúan su palidez, acercándose a los tonos rosáceos o, por el contrario, su intensidad, aproximándolas a los tonos rojizos.

En cuanto al módulo, como suele ser habitual, dominan los volúmenes globulares y discoidales que encontramos en todo el entorno. En El Corralón la única particularidad reseñable estriba en las dimensiones de algunas de estas cuentas, ligeramente mayores a las que encontramos en la misma Cartagena, en la necrópolis del barrio Universitario<sup>36</sup>, o también en la necrópolis murciana de Los Villares<sup>37</sup>. Del mismo modo, también cabe destacar que, siguiendo una práctica extendida<sup>38</sup>, dos de estas cuentas se encuentran pintadas en blanco, al igual que ocurría en otras necrópolis del sureste como la de Almizaraque<sup>39</sup>, o en el sector occidental de la necrópolis urbana de *Carthago Spartaria*<sup>40</sup>. Si en esta última el motivo escogido era una secuencia de palmetas, aquí en cambio se apuesta por los motivos geométricos, ya la simple sucesión de círculos con punto central (A.1.2), similar a la que se emplea en la toréutica<sup>41</sup>, ya la de esvásticas (A.2.1), motivo este último de honda tradición que, con vitalidad en época tardía<sup>42</sup>, es especialmente caro a los ambientes germánicos, donde no es raro encontrarlo ornamentando todo tipo de soportes<sup>43</sup>.

Las cuentas de resina de calidad inferior que componen los collares de El Corralón tampoco se alejan de lo habitual, siendo patente su similitud con las de otros conjuntos<sup>44</sup>. Como ya dijimos, sí cabe destacar que, mientras para ejemplares de otras necrópolis es mayor la amalgama de materiales, aquí con frecuencia estas cuentas integran prácticamente todo el collar (sepultura 1), o a veces se acompañan únicamente de alguna cuenta de pasta de vidrio (sepultura 20, lám. 9). En este caso, morfológicamente predominan los tipos ahusados (B.1.-4) y bitroncocónicos (B.3.2-3), acompañados de otros trapezoidales (B.3.4-5) o de formas más ambiguas (B.4.3), no faltando tampoco aquellos otros que intentan imitar los volúmenes globulares propios del ámbar, con resultados finales a veces discretos (B.2.3) pero otras bastante conseguidos (B.2.1-2). Respecto a los conjuntos del entorno, sólo se echa en falta la presencia de los tipos lenticulares o globulares achatados dados en la necrópolis del barrio Universitario, o los grandes volúmenes que imitan otras formas geométricas dadas exclusivamente en el sector oriental de esta última<sup>45</sup>.

Donde se aprecia mayor sobriedad tipológica es en las cuentas de pasta vítrea, con un repertorio morfológico distanciado de la relativa diversidad que apreciamos en los conjuntos del entorno. En El Corralón, el protagonismo queda acaparado por las pequeñas cuentas de pasta vítrea de color verde (C.1.1-4), ubicuas en las necrópolis del período. Siguiendo las formas discoidales y cilíndricas que caracterizan a estas cuentas, sólo cabe destacar aquí un tamaño algo mayor a lo que suele ser común<sup>46</sup>.

<sup>36</sup> Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2007: fig. 2; *id.*, 2008: fig. 1.

<sup>37</sup> García Blázquez y Vizcaíno Sánchez, e. p.

<sup>38</sup> También en ambientes bizantinos, *vid.* Alliata, 1991: fig. 9.33-34.

<sup>39</sup> Siret, 1906.

<sup>40</sup> Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2007: fig. 2.

<sup>41</sup> Ripoll, 1985: 187, fig. 75.1

<sup>42</sup> Es un motivo recurrente así entre los mosaicos hispanos del momento, como recoge Blázquez, 1986.

<sup>43</sup> Así, por ejemplo, en broches de cinturón lo encontramos en el ámbito merovingio (Boudartchouk, 2000: 57, fig. 15)

<sup>44</sup> Maczynska, 1992: abb.2.

<sup>45</sup> Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2007: fig. 2; *id.*, 2008: fig. 1.

<sup>46</sup> Vizcaíno Sánchez y Madrid Balanza, e. p.

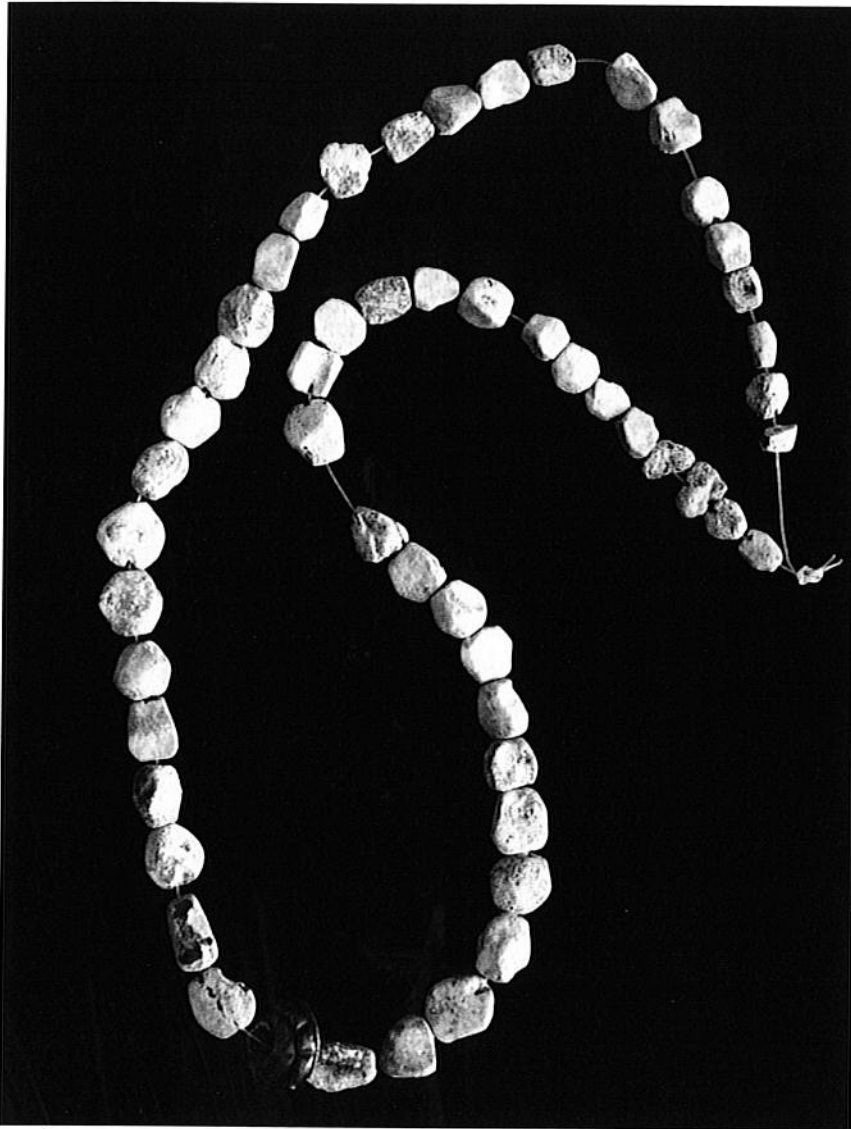
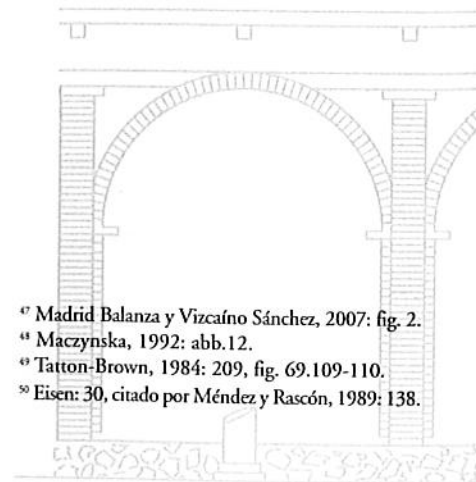


Lámina 9. Collar hallado en la sepultura nº 20.

También hay que mencionar la presencia de un único tipo de cuenta de mayores pretensiones ornamentales y pareja elaboración cuidada. Nos referimos al tipo gallonado de sección en flor (C.2.1-3), uno de los más recurrentes, que aquí encontramos ejecutado en volúmenes lenticulares y troncocónicos, tanto en el verde característico del vidrio tardío como en azul intenso. A este respecto, si en yacimientos como el sector occidental de la necrópolis del barrio Universitario varios ejemplares pueden darse en un mismo collar<sup>47</sup>, aquí, en cambio, su aparición, que se restringe a tres collares (16, 20, 26, láms. 7 y 9), también lo hace a una sola pieza, que siempre adquiere el papel de remate de la composición.

El tipo, incluido en la sistematización de M. Maczynska como tipo 19<sup>48</sup>, y en la familia del denominado *lotus melon bread*, cuenta con una amplia tradición, registrándose ya en la primera centuria, para continuar activamente a lo largo de las siguientes y llegar a nuestra etapa, donde se experimentan una serie de variaciones<sup>49</sup>. Precisamente, algunos autores apuestan por datarlo en un momento avanzado<sup>50</sup>, si bien, la

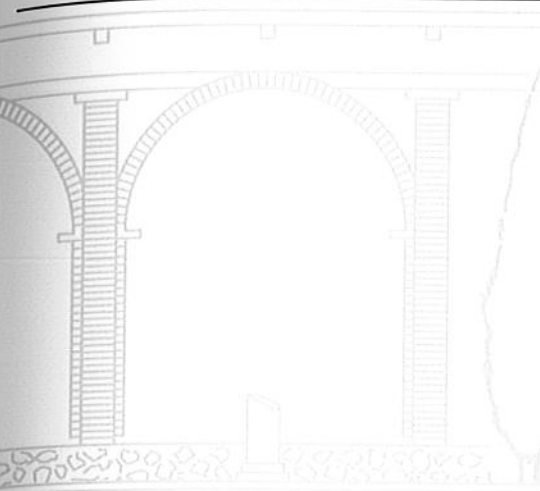


<sup>47</sup> Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2007: fig. 2.

<sup>48</sup> Maczynska, 1992: abb.12.

<sup>49</sup> Tatton-Brown, 1984: 209, fig. 69.109-110.

<sup>50</sup> Eisen: 30, citado por Méndez y Rascón, 1989: 138.



progresiva reducción –que no desaparición<sup>51</sup>– que experimenta a partir de la segunda mitad del siglo VI d.C., parece indicar que su período de circulación más intenso se registra en un momento precedente.

Lo cierto es que la cuenta con forma de roseta es una de las más extendidas en los conjuntos funerarios del período, donde se pueden diferenciar distintas variantes, en algún caso de manufactura descuidada, patente en su forma irregular, con gallones desiguales, tal y como se puede ver, entre otros yacimientos, en las necrópolis de Madrona, Castiltierra, El Carpio de Tajo o Camino de El Monastil, así como en distintos puntos del Mediodía hispano<sup>52</sup>. En el Sureste también resultan abundantes, documentándose en yacimientos como La Almagra o el sector occidental de la necrópolis del barrio Universitario<sup>53</sup>.

En nuestro caso, la manufactura de algún ejemplar es, de hecho, bastante descuidada, como ocurre con el de la sepultura 20 (lám. 9).

Completarían los tipos en pasta vítrea las cuentas de módulo cilíndrico en color blanco (C.3.1-3), también muy habituales en los conjuntos del período, o aquellas otras de forma globular o de gota, de color negro o dorado, este último con un solo ejemplar.

Faltan, en cambio, muchos otros tipos sí dados en conjuntos del entorno, como el tantas veces mencionado del barrio Universitario, en donde, además de algunos singulares, como el facetado o de decoración ocular, ocupan un lugar importante los cilindros moldurados o las cuentas de glóbulos superpuestos<sup>54</sup>.

En el apartado de rocas ornamentales encontramos el único caso de “exotismo” dado en El Corralón, pues aquí se registra la cornalina (lám. 8) que, a pesar de estar tan extendida en los conjuntos peninsulares tardoantiguos, hasta el momento no se había documentado en el entorno de *Carthago Spartaria*; sí, en cambio, en algún punto algo más distante como el cementerio murciano de Los Villares<sup>55</sup>. En este sentido, si en este último se adoptan módulos globulares o cilíndricos, aquí únicamente están presentes estos últimos (D.1.2-3).

Otra roca ornamental empleada en El Corralón es el cuarzo hialino, aquí dado en la tan usual forma de lágrima (D.1, lám. 10), con un para-

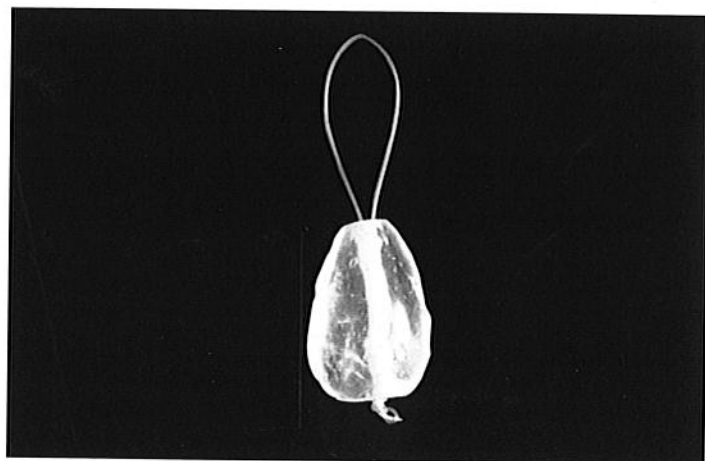


Lámina 10. Lágrima en cristal de roca hallada en la sepultura nº 13.

<sup>51</sup> Como da prueba su registro en necrópolis de este momento más avanzado, como la de l'Almoína en su segunda etapa. *Vid.* Calvo Gálvez, 2000: 203.

<sup>52</sup> Respectivamente, Molinero, 1971; Maczynska, 1992: abb. 4-6; Ripoll, 1985: 98, fig. 26.4; Segura y Tordera, 1999: fig. 1.8-9; así como Zeiss, 1934: taf. 20.6-10, 16, 19, 22, recogiendo las evidencias de Marugán, Campillo de Arenas, Abujarda y puntos indeterminados de la provincia de Granada.

<sup>53</sup> Ramallo, 1986; Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2007: 78-80, fig. 2.

<sup>54</sup> Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2007: fig. 2.

<sup>55</sup> García Blánquez y Vizcaíno Sánchez, e. p.



lelo prácticamente exacto en el sector oriental de la necrópolis del barrio Universitario<sup>56</sup>. Ambos, que ejercen el papel de remate de sus composiciones, se caracterizan, en cualquier caso, por su sencillez, dando protagonismo al perfil sinuoso, y no explotando las potencialidades ornamentales del tipo, como el facetado múltiple, que confiere morfología poliédrica, como ocurre en conjuntos murcianos como el de Los Villares o La Jarosa<sup>57</sup>. Por otro lado, junto a su valor estético, quizá, como ocurre con el ámbar, en su uso también pudieron pesar consideraciones de otro tipo. A este respecto, al cristal de roca se le presumen diversas virtudes profilácticas, como, por ejemplo, calmante de la fiebre o la hemorragia. Del mismo modo, el hecho de que sea traslúcido y no tenga color lo convierte en símbolo de pureza y, por ello, apreciado en contextos cristianos<sup>58</sup>.

Por último, en El Corralón también hay que destacar la utilización de una caracola como cuenta (E., lám. 8), práctica que también podemos encontrar en la necrópolis del barrio Universitario, donde en este caso se emplean tanto vértebras de pez como otros huesos pulidos<sup>59</sup>.

De forma conjunta, atendiendo a las composiciones dadas en El Corralón, debemos destacar la marcada sobriedad ya citada, con un cromatismo reducido sin excesivos contrastes, y en donde el empleo de ámbar y en mayor medida de la resina que suple éste, confiere una característica estética ambarina, propia de esta etapa<sup>60</sup>.

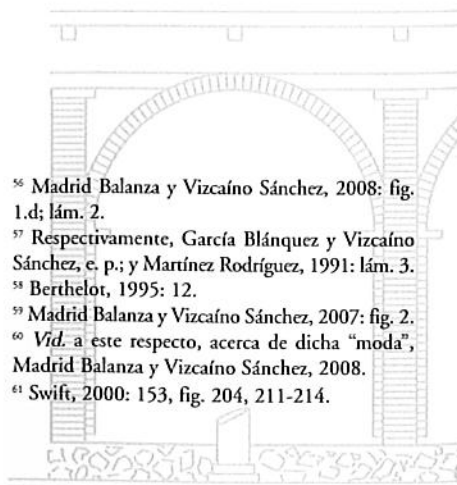
### Brazaletes/pulseras

En El Corralón también pudieron recuperarse dos brazaletes realizados en bronce, uno de ellos en la sepultura 1, y otro en la 13, ambos acompañados de collar y aretes. Los dos presentan sus cierres con la modalidad de extremos diferenciados y no yuxtapuestos.

En el caso del hallado en la sepultura 1, con un diámetro interno de *circa* 6 cm, cuenta con aro liso de sección oval y altura de 0,2 cm, acabado en extremos aplanados que, a pesar de su fractura, dejan ver un ensanchamiento ahusado (fig. 6.1; lám. 11). Precisamente ese cierre permite adscribir el ejemplar al difundido tipo de cabezas de ofidio, mas, el hecho de que no se conserve su remate no permite adscribirlo a un subtipo concreto<sup>61</sup>.



Lámina 11. Brazalete con remates de cabeza de ofidio hallado en la sepultura nº 1.



<sup>56</sup> Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2008: fig. 1.d; lám. 2.

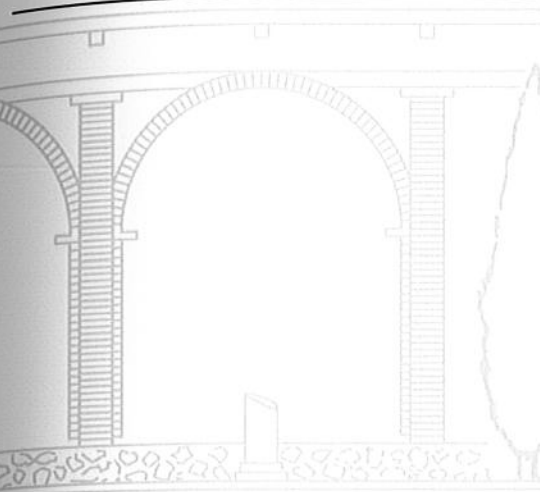
<sup>57</sup> Respectivamente, García Blánquez y Vizcaíno Sánchez, c. p.; y Martínez Rodríguez, 1991: lám. 3.

<sup>58</sup> Berthelot, 1995: 12.

<sup>59</sup> Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2007: fig. 2.

<sup>60</sup> *Vid.* a este respecto, acerca de dicha "moda", Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2008.

<sup>61</sup> Swift, 2000: 153, fig. 204, 211-214.



Sea de un modo u otro, lo cierto es que se trata de uno de los elementos de ajuar más característicos de esta etapa. Así, con una morfología en ocasiones matizada, no faltando en algunos puntos del interior como las necrópolis de Duratón o Ercávica, se encuentra especialmente representado en el Mediodía peninsular, tanto en la zona andaluza, donde aparece en Villanueva del Rosario, Marugán o Cortijo del Chopo, como en la franja costera levantina y sureste, donde junto a su registro en Cullera aparece en los cementerios alicantinos de l'Horta Mayor y Camino del Monastil, o en los murcianos de Los Villares, La Mezquita y La Molineta<sup>62</sup>.

El apogeo de este tipo tardorromano se registra sobre todo en el siglo IV d.C. y comienzos de la siguiente centuria, momento en el que su éxito, además de promover su difusión por un amplio marco geográfico, tiene su plasmación en una diversificación morfológica que, en función de sus remates, permite individualizar hasta 100 variantes<sup>63</sup>. En este sentido, de la misma forma que esta serie de brazaletes ya está presente en la orfebrería imperial especialmente a partir del siglo II d.C., momento a partir del que este motivo iconográfico será elegido para todo otro tipo de piezas, como también dejan constancia los textos<sup>64</sup>, lo seguiremos encontrando, evidentemente bajo diferentes formulaciones estilísticas, al menos hasta el siglo VII d.C., como muestran los depósitos de contextos mediterráneos como el de *Crypta Balbi*<sup>65</sup>.

No menos singular es la pulsera recuperada en la sepultura nº 13, en este caso con diámetro interno de 4,5 cm, y aro liso de sección circular que se engrosa significativamente en sus extremos, hasta alcanzar algo más de 0,5 cm (fig. 2.1; lám. 12). Con ello, podría adscribirse al popular tipo de brazaletes/pulsera de extremos engrosados, propio sobre todo de finales del siglo VI y siguiente centuria<sup>66</sup>, por más que ya a finales del siglo V d.C. empezamos a encontrarlo asociado a los movimientos migratorios de los pueblos bárbaros<sup>67</sup>, y aún antes en sus zonas de origen<sup>68</sup>. Precisamente, junto a su datación avanzada, quizá más significativo resulta el hecho de ser una pieza que en Occidente se registra sobre todo en contextos funerarios germánicos, considerándose además un elemento de raigambre almana<sup>69</sup> o simplemente salido de talleres de las regiones danubianas<sup>70</sup>.

<sup>62</sup> Acerca de la difusión, con bibliografía, *vid.* Segura y Tordera, 1999: 549, fig. 1.1; así como Molinero, 1971: lám. XXXII, fig. 2.368, lám. XLV, fig. 2.514; Zeiss, 1934: taf. 23.20; Pérez *et alii*, 1992: fig. 1.2-5; García y Vizcaíno, e. p.; VV. AA., 2007: 147 y Martínez, 2007: 260-261.

<sup>63</sup> Swift, 2000: 153, fig. 204, 211-214.

<sup>64</sup> Así, avanzado el siglo III d.C., Heliodoro nos describe en sus *Etiópicas* un ceñidor que utiliza los ofidios como motivo principal. *Vid.* Conde, 1988: 169-181.

<sup>65</sup> Ricci e Luccerini, 2001: 364, II.4.509-511.

<sup>66</sup> *Id.*

<sup>67</sup> Es el caso así de la necrópolis de Ficarolo y Gaiba, *vid.* Possenti, 2007: 159.

<sup>68</sup> Bursche, 2008: 154, cat. I.39; Quast, 2008: 224-225.

<sup>69</sup> Es el caso así de la necrópolis de Ficarolo y Gaiba, *vid.* Possenti, 2007: 159.

<sup>70</sup> Riffaud-Longuespé, 2008: 322.



Lámina 12. Pulsera de extremos engrosados hallada en la sepultura nº 13.

En este sentido, no obstante, también es posible documentarlo en algún yacimiento bizantino, sea el caso de la *officina* de *Crypta Balbi*, mas no hay que olvidar que precisamente dicho establecimiento en buena parte aparece enfocado a la comercialización de piezas en ámbito longobardo<sup>71</sup>, en donde los mencionados brazaletes se van utilizar a partir del último cuarto del siglo VI d.C.<sup>72</sup>

En el caso de *Hispania*, la difusión de este tipo no parece estar tan extendida como la de otros. Así, entre los pocos paralelos, cabe citar el ejemplar hallado en la necrópolis soriana de *Térmes*, donde la presencia de un broche de placa rígida calada o una hebilla y un broche de cinturón liriforme insiste en la misma cronología avanzada<sup>73</sup>.

En nuestro caso, no deja de ser significativo que el ejemplar se documente asociado al collar que incluye mayor número de cuentas de ámbar, y entre ellas, algunas pintadas, una en concreto con otro motivo tan caro —si bien no circunscrito— a ambientes germanos, como la esvástica.

### Alfileres

Acerca de los alfileres de El Corralón no sabemos prácticamente nada, pues, de los mismos sólo disponemos de la noticia que recoge su simple aparición en la sepultura 1, acompañada de fotografía antigua (lám. 13)<sup>74</sup>. A través de ambas, se puede señalar que se registraron sobre

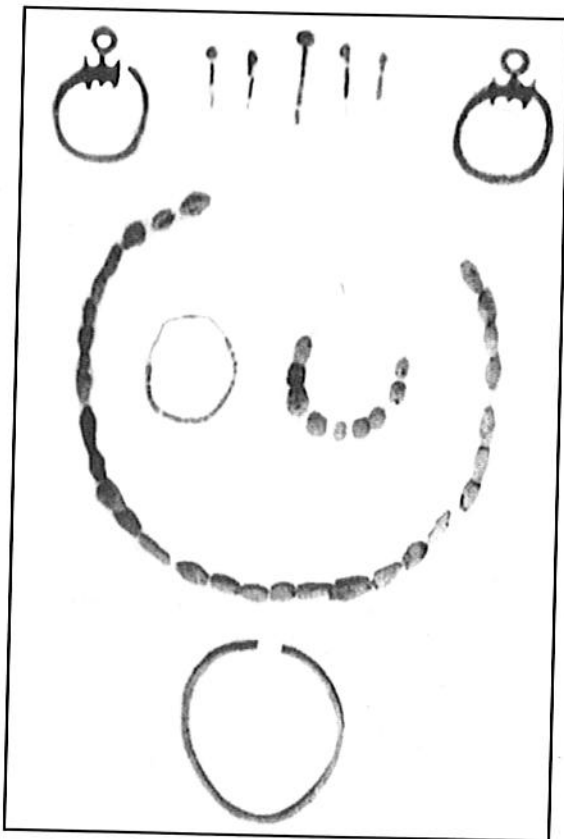


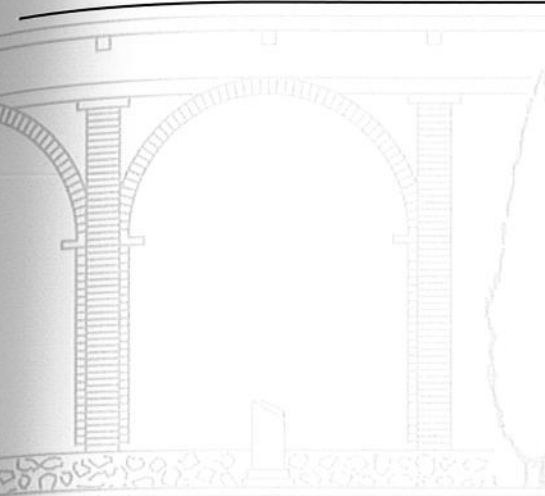
Lámina 13. Ajuares recuperados en la sepultura nº 1, donde se incluyen los alfileres que estaban depositados sobre la cabeza del cadáver (Antolinos y Vicente, 2000: fig. a partir de P. A. San Martín).

<sup>71</sup> Ricci y Luccerini, 2001: 364, II.4.507-508.

<sup>72</sup> Así, en concreto, en las fases 1 y 2 individualizadas a partir del estudio de los ajuares de Nocera Umbra. Vid. Rupp, 1996 y Paroli, 2001: fig. 4.

<sup>73</sup> Gutiérrez Dohijo, 2007.

<sup>74</sup> Antolinos y Vicente, 2000: 327, fig. 7. No expuestos en la vitrina dedicada a este cementerio en el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena, hemos intentado localizarlos en los fondos, mas sin resultado alguno. De hecho, en los registros de esta institución no constan estas piezas.



el cráneo, con cinco ejemplares realizados en bronce, y que contaban con cabezas macizas y, al menos en un caso, con remate hueco posiblemente de cono invertido, para albergar cabujón lenticular de pasta vítrea. Este último, como suele ser habitual, se encontraba desprendido, circunstancia que debemos achacar al precario sistema de adherencia que, como prueban ejemplares de otras necrópolis, descansa en una especie de argamasa blanca muy diluida.

El número de alfileres se encuentra dentro de la *ratio* típica que otros cementerios del sureste, como el de Los Villares, muestran que se sitúa entre tres y cinco ejemplares<sup>75</sup>.

De un modo u otro, estos alfileres de cabujón cristalino parecen emplearse sobre todo en el siglo V d.C. No siendo propios de las necrópolis tardías en ámbito visigodo<sup>76</sup>, integran por el contrario un ajuar característico que Zeiss definió como “*Andalusische Gruppe*”, cuyo registro se concentra sobre todo en las áreas más romanizadas de *Hispania*, como la Bética Oriental y Levante, quizá no más allá de inicios del siglo VI d.C.<sup>77</sup> Así, a este ámbito y a esta cronología apuntan toda una serie de necrópolis diseminadas por la Andalucía Oriental (Campillo de Arenas, El Ruedo, Marugán, Brácana, Cortijo del Chopo, Almizaraque), así como por el sureste (La Mezquita, La Molineta, Los Villares, Cocentina, Alcoy), ámbito este último donde también encontramos una para el que se sugiere una cronología ligeramente más tardía, la eldense de El Monastil (Alicante)<sup>78</sup>. En este sentido, algún otro cementerio –como el de El Ruedo (Córdoba), donde junto al vidrio se emplean igualmente cabujones de ámbar<sup>79</sup>– podría cimentar una vigencia algo más dilatada para estos objetos, por más que, no obstante, su apogeo parece centrarse en el siglo V d.C.

En muchos de ellos, además, se da también la misma asociación de este tipo de alfiler con los brazaletes de remates con cabeza de ofidio que encontramos en la sepultura 1 de El Corralón.

#### EL AJUAR SIMBÓLICO

Si obviamos dos pequeños fragmentos correspondientes al fondo y a una carena de dos piezas de dimensiones reducidas hallados en el interior de la sepultura 4, cuyo estado de conservación apenas permite señalar nada acerca de su forma<sup>80</sup>, y que quizá sean simplemente material residual depositado accidentalmente aquí, la categoría de ajuar simbólico aparece en El Corralón en una sola tumba, consistiendo en una pequeña jarra cerámica (fig. 8; lám. 14).

Dicho ajuar también se halla presente en la necrópolis del barrio Universitario de Cartagena, con cinco ejemplares, uno de ellos depositado en el sector occidental de la necrópolis, y otros cuatro en el oriental<sup>81</sup>.

En nuestro caso, al igual que ocurre con el ejemplar del mencionado sector occidental, la pieza se documentó a la altura de la pelvis del difunto, a diferencia de las restantes del sector oriental, que lo hicieron en la parte superior de la sepultura.

<sup>75</sup> García Blázquez y Vizcaíno Sánchez, e. p.

<sup>76</sup> No en vano, no ya sólo este tipo sino en conjunto el alfiler es un elemento de ajuar hasta cierto punto minoritario en las necrópolis visigodas de la meseta como las de Duratón, Madrona o El Carpio de Tajo, donde el protagonismo queda acaparado por otros elementos de adorno e indumentaria (Moliner, 1971: 113; Ripoll, 1985).

<sup>77</sup> Ramallo, 1986: 144, citando a Zeiss, 1934: 160-161.

<sup>78</sup> Acerca de la difusión, *vid.* Ramallo, 1986: 144, y Segura y Tordera, 1999: 548. Respecto a la necrópolis de El Ruedo, se individualiza como tipo nº 4, con la variante, además, que ya no sólo el cabujón es cristalino, sino que también puede ser de ámbar.

<sup>79</sup> Carmona, 1998: lám. 30.4.

<sup>80</sup> Ramallo, 1986: 148. Al igual que los alfileres antes mencionados, también hemos intentado localizar estas piezas, mas no ha sido posible.

<sup>81</sup> Acerca de éstos, *vid.* Vizcaíno Sánchez y Madrid Balanza, 2006. Un cuarto ejemplar del sector oriental se encuentra actualmente en estudio.

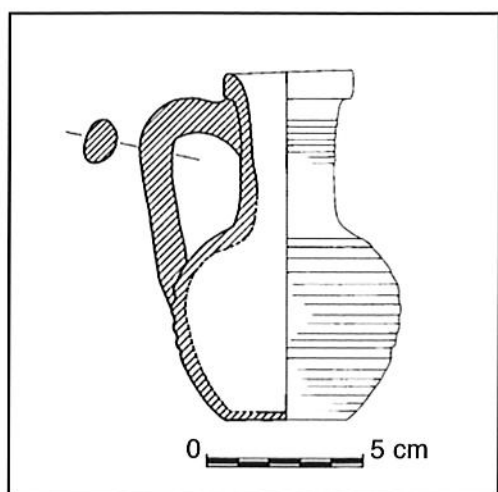


Figura 8. Ajuar de la sepultura nº 25 (dibujo: Soledad Pérez-Cuadrado).

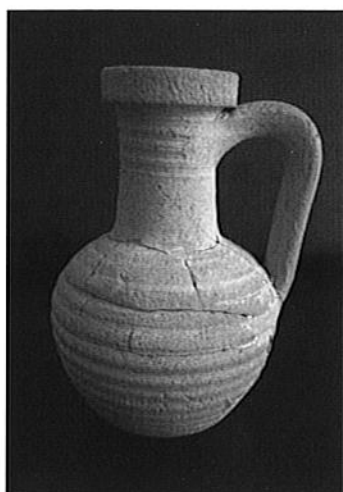


Lámina 14. Jarra hallada en el interior de la sepultura nº 25.

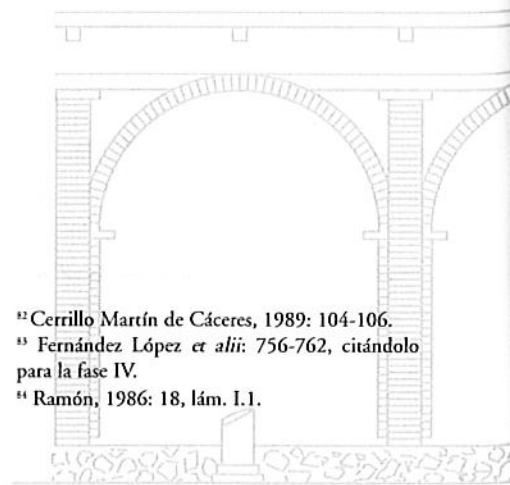
A este respecto, detrás de tales localizaciones se ha querido ver un componente étnico y cultural, de tal forma que mientras que la ubicación en la parte superior de la sepultura se considera propia de los enterramientos hispanorromanos, su situación, en cambio, entre cintura y pies sería característica del ámbito visigodo<sup>82</sup>.

En el caso de las sepulturas cartageneras, no obstante, nada hay que permita respaldar tal suposición. Además de la evidencia local, otros muchos yacimientos, como el cementerio de San Pedro de Alcántara, donde las jarras se documentan independientemente a la altura del cráneo o de la pelvis<sup>83</sup> o, de forma más clara, las necrópolis de Carrer d'Aragó y Can Gavino, en Ibiza y Formentera, donde los recipientes se sitúan a los pies del difunto<sup>84</sup>, parecen insistir en lo aleatorio de la deposición.

Por lo demás, como ahora veremos, no acaban aquí las analogías entre la jarra de El Corralón y su homóloga del sector occidental de la necrópolis del barrio Universitario.

La pieza de El Corralón presenta cuerpo globular, del que parte cuello largo y estrecho, rematado en borde recto regruesado, de sección rectangular. Ambas partes, cuerpo y cuello, unidos por una sola asa de sección oval que descansa en el nacimiento del borde, se caracterizan también por fuerte acanalado. El pequeño módulo es común al otro paralelo cartagenero, de tal forma que si aquí la jarra alcanza una altura de 11 cm, allí cuenta con 13, frente a los más estilizados ejemplares del sector oriental.

No obstante, a pesar de las similitudes, que se pueden extender a la pasta y superficie, en ambos casos de coloración beige, la jarra de El Corralón también se diferencia de la otra cartagenera en otros rasgos morfológicos, como el fondo, que aquí es plano y no umbilicado; el cuello, que en esta última es más chato y grueso; o igualmente el borde, que en la pieza del barrio Universitario está más desarrollado, con un estrangulamiento central.

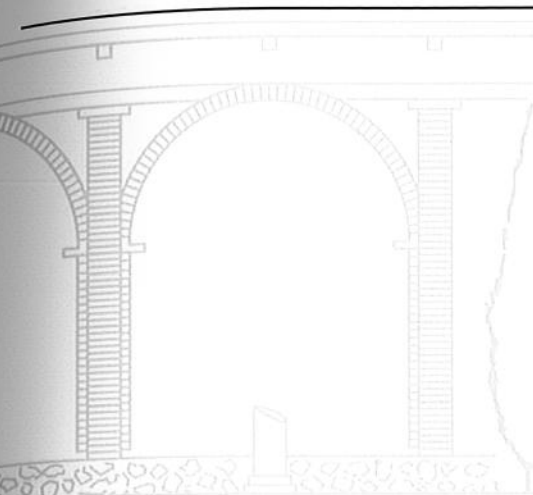


<sup>82</sup> Cerrillo Martín de Cáceres, 1989: 104-106.

<sup>83</sup> Fernández López *et alii*: 756-762, citándolo para la fase IV.

<sup>84</sup> Ramón, 1986: 18, lám. I.1.





— En conjunto, sus características recuerdan a las de otros prototipos bajoimperiales, y sobre todo a las pequeñas jarras acanaladas africanas que se documentan entre finales del siglo IV y el siglo VII d.C. Especialmente, la analogía es destacable respecto a un ejemplar de Cartago datado en la primera mitad del siglo V d.C.<sup>85</sup>. Tampoco falta alguna otra pieza del sureste hispano muy semejante que se ha datado en similares fechas, sea el caso de una jarra procedente de la necrópolis alcoyana de L'Horta Mayor, fechada entre los siglos IV-V d.C.<sup>86</sup>.

### CONCLUSIONES

Diversos factores permiten apuntar que el cementerio se forma y tiene su principal fase de desarrollo durante el siglo V, previsiblemente a partir de mediados hasta la primera mitad del siglo VI d.C., perdurando, aunque de forma reducida, algunas décadas más.

Desde el punto de vista constructivo, el recurso mayoritario al encachado frente a las lajas, la aparición ocasional de cubiertas de *tegulae*, así como de superficies de preparación para la deposición del cadáver, es compartida, de hecho, con otros cementerios del sureste datados en tal franja temporal, sea el caso de las necrópolis de La Mezquita y La Molineta, en Mazarrón; El Molino, en Águilas; Los Villares, en Murcia o, en el caso de Cartagena, la necrópolis de San Antón y el sector occidental de la necrópolis del barrio Universitario<sup>87</sup>.

A este respecto, casi todas las características de El Corralón coinciden en gran parte con las de las mencionadas necrópolis. Así, a una relativa identidad constructiva de las sepulturas hay que unir además casi todos los rasgos referidos a los ajuares, empezando por su misma cantidad, un 30%, prácticamente idéntico al porcentaje calculado para algunas de estas necrópolis, como la de Los Villares o el sector occidental de la necrópolis del barrio Universitario<sup>88</sup>. Precisamente, es con este último cementerio también cartagenero con el que las analogías son mayores. Así, dentro de ese 30% de ajuar, la representación de las categorías que lo componen es también idéntica, acaparando el protagonismo en ambos el ajuar de tipo personal, con una representación testimonial del ajuar simbólico<sup>89</sup>. El hecho, además, de que las jarras que integran este último sean también muy similares, diferenciándose del módulo que encontramos en el sector oriental de ese cementerio urbano, no hace sino reforzar tal identidad<sup>90</sup>.

Del mismo modo, en lo que se refiere al ajuar personal, como es común a las otras necrópolis del período, priman aquí los elementos de adorno personal, mientras que los ligados a la indumentaria en El Corralón están ausentes y en el mencionado sector occidental son mínimos. Y el mismo repertorio de piezas y sus características son también similares. Así, de modo especial, es significativo que en ambos conjuntos las cuentas de pasta vítrea verde de mínimo tamaño sean omnipresentes, a diferencia de cuanto ocurre a partir de mediados del siglo VI d.C. Igualmente, tanto en El Corralón como en el sector occidental de la otra necrópolis cartagenera encontramos cuentas de ámbar

<sup>85</sup> Vegas, 1973: 88-89 y Bonifay, 2004: 293, fig. 162.1, incluyéndola en su tipo 62 de común.

<sup>86</sup> Aura Tortosa y Segura Martí, 2000: 225.

<sup>87</sup> Respectivamente, Ramallo, 1986: 143-145; Iniesta y Martínez, 2000: 199-224; Hernández, 2005: 171-210; Berrocal y Laíz, 1995: 173-182; Madrid y Vizcaíno, 2006a: 195-224.

<sup>88</sup> García Blánquez y Vizcaíno Sánchez, e. p. y Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2006a: 207.

<sup>89</sup> Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2006b: 109-117 e *id.*, 2007: 49-81.

<sup>90</sup> Vizcaíno Sánchez y Madrid Balanza, 2006: 445-448.

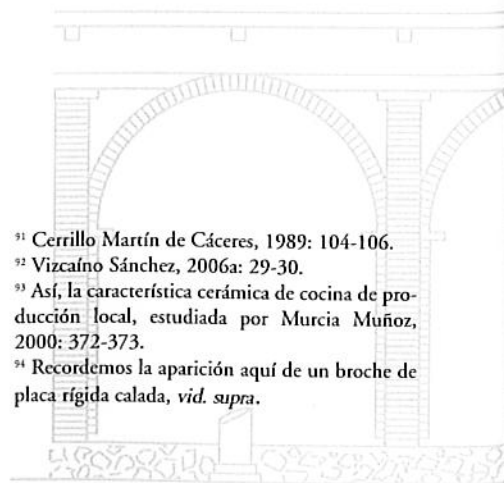
pintadas y aquellas otras que imitan rosetas, o también brazaletes, elementos todos ausentes en el sector oriental de esa misma necrópolis, donde abundan en cambio los objetos ligados a la indumentaria.

Los alfileres, en este caso no registrados en el sector occidental de la necrópolis urbana cartagenera, son otro ítem del período referido, reduciendo su presencia a partir de mediados del siglo VI d.C.

Otro tanto podemos decir respecto a prácticas rituales como la del banquete funerario, de las que en El Corralón podría ser testimonio el hoyo con ceniza del sector septentrional, por más que no se reseñen restos de huesos animales en las tumbas. Dicho ágape, constatado en los cementerios de la franja litoral del sureste durante el siglo V d.C. y primera mitad del siglo VI d.C., lo hace también, si bien de forma reducida, sólo en el sector occidental de la necrópolis cartagenera, para desaparecer luego.

En cualquier caso, como dijimos, también alguna pieza muestra que El Corralón debió pertenecer activo algunas décadas más de la segunda mitad de la sexta centuria, de forma coherente a cuanto indican los hallazgos cerámicos de los alrededores. Entre ellas, quizá la que con más seguridad se podría adscribir a este momento final es el brazaletes de extremos engrosados. Por lo demás, como comentamos, este último también supone la representación en este conjunto de un elemento de raigambre germánica, etnicidad que también se supone, si bien en este caso es más dudoso, a aquellos enterramientos que, como la sepultura nº 25 de El Corralón, colocan el ajuar en la parte inferior del cuerpo<sup>91</sup>. De un modo u otro, el hecho de que estos dos últimos elementos, a los que presumiblemente podemos darle la data más tardía entre los recuperados, se registren en sectores opuestos de la necrópolis impide señalar con claridad una dinámica formativa para ésta. Sólo en función de algunas características constructivas, como la presencia de una tumba de cubierta de *tegulae* (tumba nº 4); del análisis de los ajuares, con el registro de alfileres o el brazaletes con remates de cabeza de ofidio (tumba nº 1); e igualmente, quizá, de la hipotética documentación de banquete funerario, parece posible pensar que el sector septentrional pudo ser el núcleo fundacional del cementerio, que luego, empleando aún dicha área, como testimoniaría la documentación en ella de la jarrita (tumba nº 25), se extendería progresivamente hacia el sur, donde encontramos alguna pieza previsiblemente más tardía, como el mencionado brazaletes de extremos engrosados (tumba nº 13).

Tal secuencia, que se va cerrando a partir de mediados del siglo VI d.C., no parece sino plasmar la que registra la misma franja litoral sureste, en donde, coincidiendo primero con el desembarco bizantino en el norte de África y luego con la ocupación imperial del Mediodía hispano, se genera una dinámica de acantonamiento en una serie de núcleos urbanos, pareja a la disminución del poblamiento en su territorio y a la reocupación de áreas más septentrionales, que experimentarán incluso una reviviscencia<sup>92</sup>. En el caso concreto de este sector oriental del agro cartaginense, la ocupación contemporánea de sitios de altura como el Cabezo Beza<sup>93</sup> o el Cabezo Rajao<sup>94</sup>, posibles atalayas, podría apuntar a

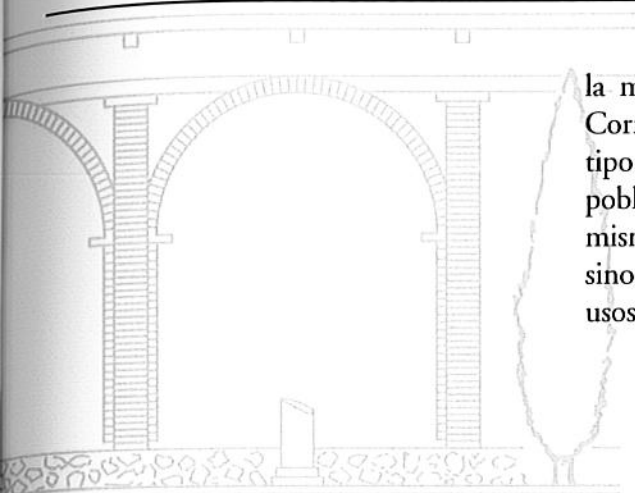


<sup>91</sup> Cerrillo Martín de Cáceres, 1989: 104-106.

<sup>92</sup> Vizcaíno Sánchez, 2006a: 29-30.

<sup>93</sup> Así, la característica cerámica de cocina de producción local, estudiada por Murcia Muñoz, 2000: 372-373.

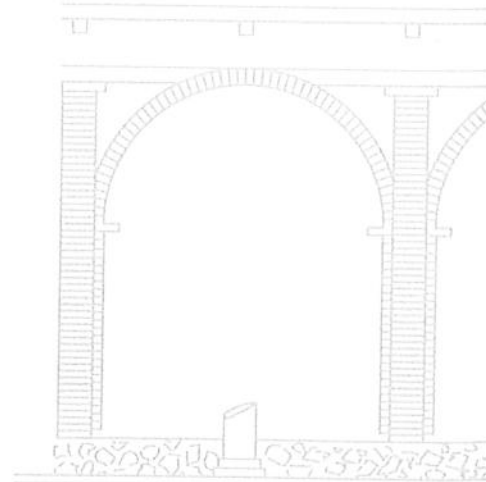
<sup>94</sup> Recordemos la aparición aquí de un broche de placa rígida calada, *vid. supra*.



la misma dirección. En dicho marco, si al brazalete hallado en El Corralón podemos suponerle el carácter germánico que está ligado al tipo en su origen, tendríamos también una muestra de los cambios poblacionales operados, mas hay que recordar a este respecto que el mismo cementerio no permite hablar de rupturas ni cambios abruptos, sino que, por el contrario, deja ver una sustancial continuidad en los usos funerarios.

BIBLIOGRAFÍA

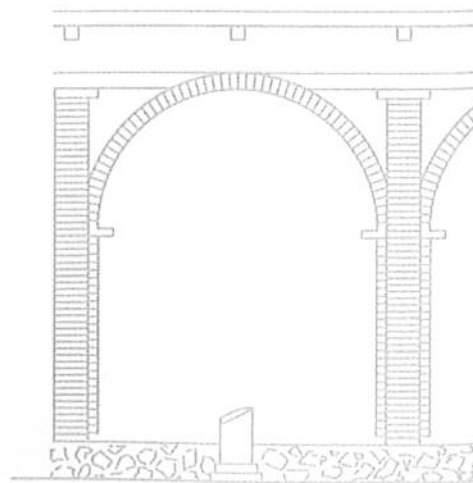
- ALBIACH, R.; BADÍA, A.; CALVO, M.; MARÍN, C.; PIÁ, J. y RIBERA, A., 2000: «Las últimas excavaciones 1992-1998 del solar de l'Almoína: nuevos datos de la zona episcopal», *V Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica (Cartagena, 1998)*. Barcelona, pp. 63-86.
- ALLIATA, E., 1991: «Ceramica dal complesso di S. Stefano a Umm al-Rasas», *LA* 41, pp. 365-422.
- ANTOLINOS MARÍN, J. A. y VICENTE SÁNCHEZ, J. J., 2000: «La necrópolis tardoantigua de El Corralón (Los Belones, Cartagena)», *V Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica (Cartagena, 1998)*. Barcelona, pp. 323-332.
- ARDANAZ ARRANZ, F., 2000: «La necrópolis visigoda de Cacara de las Ranas (Aranjuez, Madrid)», *Arqueología, Paleontología y Etnografía* 7. Madrid.
- AURA TORTOSA, J. E. y SEGURA MARTÍ, J. M., 2000: *Catálogo Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó, Alcoi, Alcoy*.
- BALDINI-LIPPOLLIS, I., 1999: *L'oreficeria nell'Impero di Costantinopoli tra IV e VII secolo*. Bari.
- BERROCAL, M.<sup>a</sup> C. y LAÍZ, M.<sup>a</sup> D., 1995: «Tipología de enterramientos en la necrópolis de San Antón en Cartagena», *IV Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica (Lisboa, 28-30 de setembre)*. Barcelona, pp. 173-182.
- BERTHELOT, S., 1995: «Objets de parure en pâte de verre et en ambre de la fin du III<sup>e</sup> au VII<sup>e</sup> siècle en Basse-Normandie», *Archéologie Médiévale*, tome XXV, pp. 1-25.
- BLÁZQUEZ, J. M.<sup>a</sup>, 1986: «Mosaicos hispanos de la época de las invasiones bárbaras. Problemas estéticos», *Los Visigodos. Historia y Civilización. Actas de ña Semana Internacional de Estudios Visigóticos (Madrid, Alcalá de Henares, 21-25 de octubre de 1985)*, *Antigüedad y Cristianismo* 3. Murcia, pp. 463-490.
- BONIFAY, M., 2004: *Etudes sur la céramique romaine tardive d'Afrique*, BAR International Series 1301.
- BOUDARTCHOUK, J. L., 2000: «Quélques ensembles de mobilier d'époque mérovingienne provenant de nécropoles: Guilhamat de Lacroix-Falgarde; Le Hauré (et Le Tourguil) de Drudas, Saint Michel d'Aussiac de Le Burgaud (Haute-Garonne), Le Coulamé de Montégut (Gers)», *Mémoires de la Société Archéologique du Midi de la France* LX, pp. 49-82.
- BURSCHE, A., 2008: «Gli scambi commerciali tra Roma e i Barbari», *Roma e i Barbari. La nascita di un nuovo mondo*. Milano, pp. 153-155.
- CALVO GÁLVEZ, M., 2000: «El cementerio del área episcopal de Valencia en la época visigoda», *Los orígenes del Cristianismo en Valencia y su entorno*. Valencia, pp. 193-205.
- CARMONA BERENGUER, S., 1998: *Mundo funerario rural en la Andalucía Tardoantigua y de Época Visigoda. La necrópolis de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba)*. Córdoba.
- CERRILLO M. DE CÁCERES, E., 1989: «El mundo funerario y religioso en época visigoda», *III Congreso de Arqueología Medieval Española*. Oviedo, pp. 89-110.

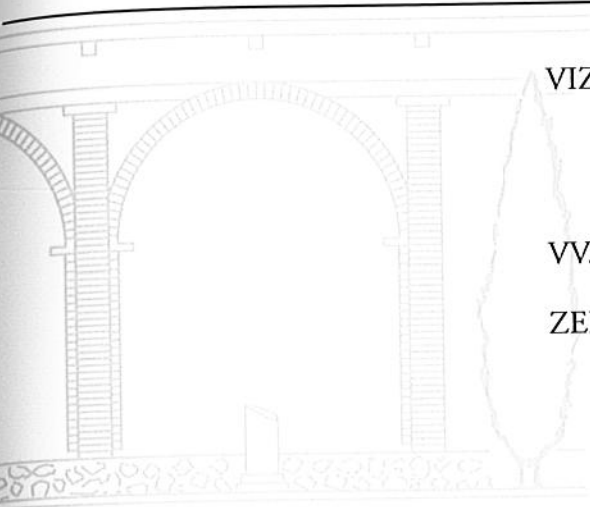


- CONDE GUERRI, E., 1988: «Joyas, ajuar y nuevas reflexiones en las Etiópicas de Heliodoro como indicios cronológicos de la historia real», *Anales de Prehistoria y Arqueología* 4, 1988, pp. 169-181.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, S. *et alii*, 2001: «Intervención arqueológica de urgencia en la Basílica paleocristiana de Vega del Mar (S. Pedro de Alcántara, Marbella, Málaga)», *AAA* 2001, III, *Actividades de urgencia*, vol. 2, pp. 756-762.
- GARCÍA BLÁNQUEZ, L. A., y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J., e. p.: «Ajuares de la necrópolis tardoantigua de Los Villares (Baños y Mendigo, Murcia)», *Verdolay* 3.
- GIUNTELLA, A. M., 1998: «Note su alcuni aspetti della ritualità funeraria nell'Alto Medioevo. Consuetudini e innovazioni», en G. P. Brogiolo e G. Cantino Wataghin (a cura di), *Sepulture tra IV e VIII secolo*. Mantova, pp. 61-75.
- GUTIÉRREZ DOHIJO, E., 2007: «La necrópolis hispanovisigoda del área foral de *Termes*», *Pyrenae* 38, vol. 1, pp. 129-162.
- MACZYNSKA, M., 1992: «Westgotische perlen funde vom Gräberfeld Carpio de Tajo und aus den Sammlungen in Barcelona und Nürnberg», *Madrider Mitteilungen* 33, pp. 145-183.
- MADRID BALANZA, M.<sup>a</sup> J.; MURCIA MUÑOZ, A. J. y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J.: «Nuevos elementos de ajuar de la necrópolis oriental de *Carthago Spartaria* (III)», *Mastia* 7. pp. 57-66.
- MADRID BALANZA, M.<sup>a</sup> J. y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J., 2006a: «La necrópolis tardoantigua del sector oriental de Cartagena», *Espacios y usos funerarios en la ciudad histórica. VI Jornadas de Arqueología Andaluza*. Anales de Arqueología Cordobesa, vol. II, pp. 195-224.
- MADRID BALANZA, M.<sup>a</sup> J. y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J., 2006b: «Nuevos elementos de ajuar de la necrópolis oriental de *Carthago Spartaria* (I)», *Mastia* 5, pp. 85-130.
- MADRID BALANZA, M.<sup>a</sup> J. y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J., 2007: «Nuevos elementos de ajuar de la necrópolis oriental de *Carthago Spartaria* (II)», *Mastia* 6, pp. 37-90.
- MADRID BALANZA, M.<sup>a</sup> J. y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J., 2008: «Collares de época bizantina procedentes de la necrópolis oriental de *Carthago Spartaria*», *Verdolay* 10, pp. 173-196.
- MARTÍNEZ ALCALDE, M., 2007: «Ajuares funerarios femeninos. La necrópolis de La Molineta», *Factoría Romana de Salazones. Guía del Museo Arqueológico Municipal de Mazarrón*, Murcia, p. 259.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A., 1991: «Enterramientos tardo-romanos en la comarca del Alto Guadalentín (Lorca)», *Antigüedad y Cristianismo* VIII, 1991, pp. 453-469.
- MÉNDEZ MADARIAGA, A. y RASCÓN MARQUÉS, S., 1989: «Los visigodos en Alcalá de Henares», *Cuadernos del Juncal* 1, Alcalá de Henares.
- MOLINERO PÉREZ, A., 1971: *Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia*, EAE, 72, Madrid.
- MURCIA MUÑOZ, A. J., 2000: «Asentamientos rurales de los siglos V-VII d.C. en el contorno de Cartagena», *V Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica*. Barcelona, pp. 371-382.



- PAROLI, L., 2001: «La cultura materiale nella prima età longobarda», *Visigoti e Longobardi*. Atti del Seminario (Roma, 28-29 aprile 1997), (J. Arce y P. Delogu, a.c.). Firenze, pp. 295-296.
- PÉREZ TORRES, C.; TORO MOYANO, I. y RAYA DE CÁRDENAS, M. A., 1992: «Necrópolis hispanorromanas y visigodas en la provincia de Granada», *III Congreso de Arqueología Medieval Española, Oviedo 1989*. Oviedo, vol. II, pp. 121-127.
- PERONI, A., 1984: «L'arte nell'età longobarda. Una traccia», *Magistra Barbaritas. I Barbari in Italia*. Milano, pp. 229-297.
- POSSENTI, E., 2007: «Tomba 4, Ficarolo e Gaiba», *I Longobardi. Dalla caduta dell'Impero all'alba dell'Italia*. Milano, p. 159.
- QUAST, D., 2008: «La tomba di Wolfsheim (Germania)», *Roma e i Barbari. La nascita di un nuovo mundo*. Milano, pp. 224-225.
- RAMALLO ASENSIO, S. F., 1986: «Aspectos arqueológicos y artísticos de la Alta Edad Media», *Historia de Cartagena*. Murcia, vol. V, pp. 123-160.
- RAMÓN, J., 1986, *El Baix imperi i l'època bizantina a les Illes Pitiüses*. Ibiza.
- RICCI, M. e LUCCHERINI, F., 2001: «Oggetti di abbigliamento e ornamento», *Roma. Dall'Antichità al Medioevo. Archeologia e Storia nel Museo Nazionale Romano Crypta Balbi*. Milano, pp. 351-387.
- RIFFAUD-LONGUESPÉ, P., 2008: «Il tesoro di Pouan (Francia)», *Roma e i Barbari. La nascita di un nuovo mundo*. Milano, pp. 322-323.
- RIPOLL LÓPEZ, G., 1985: *La necrópolis visigoda de El Carpio de Tajo (Toledo)*. Madrid.
- RUIZ VALDERAS, E., 1995: «Poblamiento rural romano en el área oriental de *Carthago Noua*», en J. M. Noguera Celdrán (coord.), *Poblamiento rural romano en el Sureste de Hispania (Actas de las Jornadas celebradas en Jumilla del 8 al 11 de noviembre de 1993)*. Murcia, pp. 153-182.
- SEGURA HERRERO, G. y TORDERA GUARINOS, F. F., 1999: «Los depósitos funerarios de la necrópolis del Camino de El Monastil (Elda, Alicante)», *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*. Cartagena, pp. 543-556.
- SIRET, L., 1906: *Villaricos y Herrerías. Antigüedades Púnicas, Romanas, Visigóticas y Árabes*. Madrid.
- SWIFT, E., 2000: *Regionality in Dress Accessories in the Late Roman West*. Montagnac.
- VEGAS, M., 1973: *Cerámica común romana del Mediterráneo Occidental*, Instituto de Arqueología y Prehistoria. Barcelona.
- VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J., e. p.: «Broches de cinturón de los siglos VI-VII d.C. en el Sureste hispano».
- VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J. y MADRID BALANZA, M.<sup>a</sup> J., 2006: «Ajuar simbólico de la necrópolis tardoantigua del sector oriental de Cartagena», *Espacio y Tiempo en la percepción de la Antigüedad Tardía. Homenaje al profesor Antonino González Blanco, in maturitate aetatis ad prudentiam, Antigüedad y Cristianismo XXIII*, pp. 437-463.





VIZCAÍNO SÁNCHEZ, J. y MADRID BALANZA, M.<sup>a</sup> J., e. p.: «Tipología y estudio de las cuentas de pasta vítrea utilizadas en la necrópolis oriental de *Carthago Spartaria* (siglos V-VII d.C.)», *II Jornadas Nacionales sobre «El Vidrio en la España Romana»*, Fundación Centro Nacional del Vidrio.

VV. AA., 2007: *Senda de l'Horteta, Alcàsser (València). El Tresor d'Alcàsser i el legat visigot*. Alcàsser.

ZEISS, H., 1934: *Die Grabfunde aus dem Spanischen Westgotenreich*. Berlin.